

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO X.

LA AMISTAD.

I.

La humanidad se hace á sí misma muchas injurias sin premeditación alguna, y aun á veces complaciéndose en su propio daño, á la manera que un pobre herido, exasperado con sus dolores, pugna por arrancarse los vendajes, que han de cicatrizar su llaga, para darse mas pronto la muerte.

Oid á los hombres: ellos niegan que exista la fidelidad, el amor, la generosidad y todos los sentimientos tiernos del alma.

Escuchad á las mujeres: todas se quejan de que no hay amistad posible en el mundo y de que han sufrido ya mil desengaños, y esto por jóvenes que sean.

¿De qué proviene, pues, un mal tan general y tanta sentida queja?

Conociendo todos las llagas, los dolores, las debilidades de la humanidad ¿cómo es que no hay uno solo que busque y halle su remedio?

¡Ah! Eso consiste en que todos nos quejamos de las faltas ajenas sin conocer las nuestras. En que no queremos sufrir las flaquezas de los demás sin pensar en que los demás tienen que sufrir las que nos son propias.

Por eso se busca á la amistad y no se la encuentra.

La sociedad está casi dominada por el egoísmo, y el egoísmo es enemigo de la amistad, así como lo es de todo sentimiento dulce y puro.

La amistad es una de las mas hermosas flores de

JULIO.

la vida, pero crece únicamente á la sombra de la tolerancia y de la indulgencia.

Si para dar nuestra amistad esperamos á encontrar una persona perfecta, jamás tendremos amigos.

Ningun mortal está exento de defectos; y así debemos solo procurar que el ser á quien amemos tenga los menos posibles ó que sean de tal naturaleza que podamos soportarlos sin menoscabo de nuestra dignidad.

Conozco que á esto se me podrá dar la siguiente lógica contestación:

No hay necesidad alguna de soportar las faltas ajenas por amistad solamente: amigos que hagan padecer no son convenientes, y mejor se está uno solo en su casa que sufriendo las impertinencias de los demás.

Mas ¿qué nos queda si desperdiciamos las simpatías del alma, si desairamos las bellas prendas que posee una persona solo porque se le reconoce algun defecto?

Antes de pasar adelante bueno será definir la amistad si no tal como es en sí, tal, al menos, como yo la comprendo.

La amistad es, á mi modo de ver, una necesidad del alma, que ha menester abrirse á la expansión y á la confianza.

Verdad es que hay ciertas almas que no necesitan afectos ni ternura; pero ¡desdichados de aquellos que poseen tan fatal privilegio!

II.

Las niñas desde los cinco ó seis años, empiezan á desear las amigas: sus juguetes las divierten mas cuando están con otras compañeras de su edad: suelen adornar á sus muñecas para la hora en que han de venir á jugar con ellas y aguardan esta hora con estremada impaciencia.

Empero bien pronto empieza la envidia á dividir las, aun en una edad tan tierna: se incomodan por mil futilidades, aunque en seguida vuelven á hacer las paces.

Pero cuando las niñas se han convertido en jóvenes, las incomodidades son mas serias y la paz

tarda mas en firmarse ó no se firma mas que en la apariencia.

Y es que la infancia tiene pocos lados vulnerables, en tanto que la juventud tiene muchos, y por lo mismo puede recibir heridas mas dolorosas y en mayor número.

Asistid si no á una reunion de jóvenes de quince á veinte años: cada una se esmera en ponerse lo mas elegante posible para deslucir á sus amigas: cada una ha estudiado el peinado mas de moda: cada una se mira sus adornos con complacencia, comparándolos con la que los lleva de mas precio, y con la que los lleva mas modestos.

La primera de estas dos comparaciones la hacen con sentimiento.

La segunda con una alegría que tiene mucho de amarga como todo aquello que es injusto.

La vanidad se sobrepone á todo y los goces de la vanidad son tan escasos y mezquinos como dolorosas sus heridas.

Entre las jóvenes que se llaman amigas, suele haber tambien otra especie de rivalidad mucho mas fatal y que trae casi siempre muy tristes consecuencias.

Hablo de la rivalidad en amor.

En vano será que dos jóvenes se hayan amado entrañablemente y se lo hayan demostrado de mil modos si los celos se interponen entre ellas.

En este caso, ninguna de las dos queda con la serenidad bastante para examinar quien vale mas, si el amante ó la amiga.

Porque regularmente el hombre, objeto del amor de entrambas, ha hecho creer á una de ellas que la amaba única y sinceramente, y luego, por esa inconstancia propia de la humana naturaleza, se ha prendado ó ha fingido prendarse de la amiga de su amada.

Si una de las dos jóvenes tuviera la suficiente fuerza de alma para investigar la verdad del caso, para cereiorarse de si el que la hace sufrir juega con las dos y si realmente su amiga es víctima de una alucinacion, entonces quizá no se rompiera la amistad que las unia y quizá tambien el fingido amante llevase la leccion que merece en el desprecio de entrambas.

Pero la triste, que se juzga vendida, se contenta con llorar y con maldecir á la que obtuvo su amistad.

III.

Yo he conocido ha poco tiempo y he tratado con la mayor intimidad á dos jóvenes, en las que todo se habia reunido para que se amasen y las que, por una fatalidad muy comun, llegaron á cambiar en la mas violenta antipatía la amistad que antes se habian profesado.

Ambas contaban la misma edad y ambas se habian criado juntas, pues sus madres estaban unidas tambien por la amistad mas estrecha.

La una, alta, morena, robusta, con hermosos cabellos castaños y rasgados ojos negros, tenia tres meses mas que su compañera, la cual, á causa de su delga-

dez y delicadeza aparentaba cuatro años menos.

Esta era pequeña, rubia y tímida; modesta en sus palabras, contenida en sus ademanes, de dulces y suaves movimientos.

Sobrábale de encanto lo que á la otra de energía y de varonil resolucion y hubiérase dicho que entre las dos completaban un hermoso ser que reunia en sí todas las gracias y atractivos que Dios ha legado á la mujer.

Amábanse mucho y no se ocultaban la una á la otra ninguno de sus pensamientos, cuando apenas llegadas á esa dichosa edad, que separa la infancia de la juventud y que participa de entrambas, dos jóvenes empezaron á rodearlas de esos cuidados, de esas galanterías que significan amor ó que le preceden.

La suerte parecia halagarlas, sin embargo, hasta en esto: los dos jóvenes estaban unidos tambien por el mas tierno afecto y la fortuna no habia sido escasa en prodigarles todos sus dones.

Pero ni uno ni otro se declaraban formalmente, no obstante saber ambos que así colmaban los deseos de sus padres; era que ambos amaban á la misma mujer y los dos callaban por un inesplicable sentimiento de temor.

Un dia, por fin, la joven rubia oyó una declaracion de amor de unos de los dos amigos y fué á contarlo á su compañera, que esperó bien pronto otra declaracion igual con esa impaciencia deliciosa de la primera juventud, cuando está llena de ilusiones.

Mas la esperó en vano: el que debía hacérsela se habia vuelto caviloso, huia de ella y habia roto violentamente con su amigo.

Tales síntomas no le permitieron dudar de que ambos amaban á su amiga y que ella habia sido cruelmente humillada.

Desde entónces alimentó una aversion profunda hacia su inofensiva compañera, que embebida en su amor y juzgando á todos por su propio corazon, nada temia.

Además ¿no conocia toda la nobleza de su amiga, todo lo que su carácter tenia de generoso y fuerte?

Nada receló pues y siguió confiando todas sus impresiones, todos sus sentimientos á su impetuosa amiga, que se valió de su confianza para romper por los mas infames medios todos los lazos de aquel inocente amor.

Yo he oído despues á esta pobre joven decir mil veces llorando que no habia amistad ó que, si la habia, no existia en la mujer, y es preciso conceder que si este aserto es un error, al menos todas las que lo afirman han sido victimas de algun amargo desengaño.

Porque, ya lo he dicho, la amistad tiene muchos enemigos en el alma débil de la mujer, la cual, por otra parte y á causa casi siempre de la descuidada educacion que recibe, está dotada de una grande y funesta intolerancia.

La incomodan la afectacion y las coqueterías de otras mujeres: se resiente de su vanidad; se humalla con sus caprichos, y la que durante muchos meses tal

vez ha sido la amiga de otra mujer llega, por un leve motivo, á un violento rompimiento con la que obtuvo toda su confianza y luego se denigran y se calumnian recíprocamente sin reserva alguna y delante de gentes que se rien de sus inconsecuencias y de su poca dignidad.

IV.

Uno de los motivos que hay para que tengan lugar esos rompimientos, que tanto degradan la condicion de la mujer, es la poca premeditacion con que esta concede algunas veces su confianza.

Una joven vé á otra que le agrada ó con la cual simpatiza á primera vista: busca su lado y su conversacion y si esta es tan agradable como su exterior, si sus modales son amables y demuestran un natural afectuoso, muy luego se capta la confianza de la otra que, sea por su carácter aturdido ó irreflexivo, sea porque esté dotada de una excesiva franqueza, le habla con mayor libertad que la que es conveniente y natural en una primera entrevista.

Yo, aun sin poseer las bellas dotes que arriba he enumerado, he sido sorprendida muchas veces por confianzas que me han lastimado.

Poco ha que en una comida de campo, á la que concurrimos muchas personas, entre las cuales habia algunas que veia por la primera vez, tuve que soportar la relacion de todas las faltas de un marido que me hizo su afligida esposa.

Ignoro por qué causa pude yo merecer la confianza con que me honró aquella señora. Afortunadamente un instinto secreto me hizo conocer que debia hacer cuenta que no habia oido yo aquellas palabras; pero si las hubiera repetido con la misma poca premeditacion con que me habian sido dichas, se hubieran causado tales daños que la pobre esposa no hubiera podido menos de exclamar que no se podia fiar de ninguna mujer.

Y ahora pregunto yo: ¿qué motivo tenia ella para confiar en mi discrecion? Conocia mi carácter, mis sentimientos, mi educacion? Qué simpatía podia yo sentir hácia ella siendo la primera vez que la veia? Cómo podia estimarla lo bastante para compadecer y consolar sus penas? Qué interés me obligaba á callar sus secretos?

Jamás debe una mujer confiar á otra sus pesares ni sus sentimientos hasta no estar bien segura de que puede comprenderla.

Jamás debe dar el sagrado título de amiga mas que á aquella que le haya dado á su vez muestras de que lo merece.

Hay penas y alegrías sagradas que no deben dividirse con ninguna persona indiferente.

Todo corazón tiene una historia de algunas páginas, mas ó menos numerosas; en algunos corazones esta historia brota sangre: en otros está empapada de lágrimas y en muchos las páginas de su historia están blancas y puras.

Mas, sea triste ó alegre, la mujer debe de reservar,

lo mas que le sea posible, la historia de su corazón.

Debe procederse con mucha mesura antes de dar nuestra amistad; pero una vez concedida no debe huírse ante ninguno de los sacrificios que este sentimiento impone.

Si se encuentran en otra persona algunas cualidades tan relevantes que nos impelen á darla nuestra amistad y nos sentimos ligados á ella por un grande y sincero afecto, este afecto debe servir para ocultarnos, ó al menos hacernos llevaderas todas sus faltas, porque no hay carácter tan perfecto que esté exento de ellas.

Debemos disimular á una amiga todos aquellos defectos que, no naciendo del corazón, no pueden lastimar el nuestro.

Porque la indulgencia y la moderacion son las principales cualidades de toda mujer distinguida y de toda aquella que se estima á sí misma.

He visto personas tan estremadamente indulgentes que, mas bien que estar dotadas de un bello y dulce carácter, parecian poseer un orgullo lleno de nobleza y dignidad.

Hubiérase dicho que estas personas estaban colocadas en un pedestal tan alto, que nada podia ofenderlas, que todo lo miraban desde una gran distancia y que despreciaban las mezquindades de los demás.

Sin embargo, no tenian enemigos y eran, por el contrario, universalmente estimadas.

V.

"Una mujer—ha dicho una célebre escritora—no debe tener por amigos mas que á su padre ó á su esposo."

Esto no es exacto.

Se han visto personas de diferente sexo, unidas por la mas tierna y sincera amistad, porque la amistad verdadera es un sentimiento quizá el mas puro, noble y desinteresado.

Otra aventajada escritora de nuestros dias ha dicho "que la amistad es una necesidad del corazón y que el amor es un lujo del mismo."

Esto es muy cierto; y aun pudiera añadirse á tan bellas frases "que la amistad es un beneficio para el alma."

Un hombre nunca confesará á la mujer á quien ama que está pobre ó exhausto de recursos; pero se lo dirá á su amigo.

La amistad es un comunismo de penas y placeres, de dicha y de llanto, á lo cual nada puede compararse y así, nada tiene que ver el sexo.

Es cierto que la amistad entre un hombre y una mujer jóvenes está cerca del amor; pero qué otra cosa es la amistad mas que un amor purificado y exento de todo egoismo?

Se ha notado mil veces que la amistad mas acendrada ha nacido de los mas estraños contrastes y todos los dias estamos viendo amigos unidos por el mas tierno afecto, y diferentes en caracteres y en costumbres, del modo mas estraño.

Puede decirse que la amistad es un cambio recíproco de afecto; pero de un afecto superior á toda mezquindad á toda envidia.

Es el puerto detodas las borrascas de la vida.

Es el consuelo de todos los dolores.

No hallomas que una sola diferencia entre el amor y la amistad; diferencia que ha hecho observar un célebre y antiguo filósofo.

El amor es una pasión.

La amistad es una virtud con toda la abnegacion y ternura del amor.

FIN DEL ARTÍCULO DÉCIMO.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SESTA Y ULTIMA PARTE.

(CONTINUACION).

En tanto que la infeliz huérfana recorria espantada aquellas terribles páginas, los tres amigos examinaron cuidadosamente los hermosos cuadros que decoraban la galería hasta la entrada del salon de recibo.

—¡Ah! murmuró Silvina con acento desesperado y apoyándose en la pared para no caer: soy perdida!....

—¿Estais enterada? le preguntó tranquilamente Landí volviendo la cabeza.

Silvina hizo una señal afirmativa.

—En ese caso, pasaremos al salon para empezar el inventario.

—Vamos pues, dijo Silvina con una exaltacion muy parecida á la demencia, y caminando la primera como si encontrase en la desesperacion el valor de que habia carecido hasta entonces.

Landí y el notario empezaron á inventariar minuciosamente todos los objetos, en tanto que el juez, muellemente recostado en una butaca, contemplaba medio dormido las perfumadas espirales que se desprendian de su tabaco de regalía.

Las negras aterradas permanecian en la galería sin atreverse á dar un paso hácia adelante.

Los esclavos habian vuelto á salir de los talleres y departian alegremente con los esclavos de Landí.

Triste, silenciosa y desengajada, levantábase á la puerta del salon la erguida figura de María Antonia, que habia llegado lentamente hasta donde estaba su Niña.

Sus manos cruzadas y el movimiento de sus

labios, decian bien á las claras que de lo íntimo de su alma elevaba á Dios una plegaria viva, ardiente, llena de fé; la de que Dios cerrase en aquel mismo instante el libro de su vida.

Sus ojos enrojecidos no vertian lágrimas; pero estaban fijos en Silvina con una espresion de ternura imposible de describir.

Silvina, que se habia creído fuerte por un momento, conoció que las fuerzas la abandonaban y se dejó caer en un sofá, cubriéndose el rostro con las manos para ocultar su flaqueza.

El inventario continuaba tranquilamente.

En el momento en que Silvina, contemplando el abismo en que la habia precipitado su pereza se sentia morir, paró un coche á la puerta principal del ingenio, y á los pocos minutos penetró en el salon una corpulenta señora vestida de negro y acompañada de un sacerdote.

—¿Sois vos el nuevo dueño de la finca? preguntó el sacerdote dirigiéndose resueltamente á Landí.

—Yo soy, respondió el plantador arrojando groseramente una bocanada de humo.

—En ese caso ¿tendreis la bondad de decirnos dónde se encuentra la señorita Silvina de Chateau-Port?

Landí señaló al sofá donde lloraba la huérfana y continuó su inventario.

—Venid, hija mia, dijo cariñosamente la dama desconocida, inclinandose hácia Silvina; venid á vivir en paz, donde no puedan asaltaros las tempestades del mundo. Dios que todo lo vé, que sobre todo vela con incesante solicitud, os abre su santa casa cuando la fortuna os arroja cruelmente de la vuestra.

Silvina, que á la idea de su espantosa soledad hubiera preferido la muerte, levantó hácia la desconocida sus grandes ojos negros llenos de lágrimas, creyendo por un momento que aquella voz venia directamente del cielo.

—¡Ah! ¿Quién sois que así me tendeis una mano generosa? exclamó levantando hácia ella sus manos cruzadas en actitud suplicante.

—La superiora del Hospicio de la Habana; respondió la señora con dignidad, y este caballero, añadió señalando al sacerdote que la acompañaba, el que será en adelante vuestro padre espiritual.

—Y cómo habeis tenido conocimiento de mi miseria, cuando yo misma la ignoraba hace pocos momentos? exclamó Silvina cada vez mas sorprendida.

—Dios es grande, hija mia, y nada debe sorprenderos, respondió la superiora encerrándose en una prudente reserva.... pero venid, nuestras horas están contadas y no podemos perder un minuto: ¿estais dispuesta para emprender vuestro viaje?

—Vamos; respondió Silvina levantándose y disponiéndose á partir, Dios os recompense vuestra caridad, amigos míos.

—¿Cómo! ¿Nada absolutamente, nada os llevais, hija mia? Ni un solo recuerdo? exclamó el sacerdote conmovido.

—Señor, nada poseo; respondió Silvina con amarga resignacion; los que me han despojado "repartie-

ron entre sí mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes." No tengo derecho ni aun al retrato de mi madre, añadió fijando tristemente sus ojos en la imagen de madama de Chateau-Fort, cuyos tranquilos y rosados labios parecían entreabrirse como para bendecir á su hija.

La superiora se apoyó en el brazo de su hija adoptiva dirigiéndose hácia la puerta del salón.

El sacerdote se volvió á los que inventariaban.

—Señor de Landí, dijo con solemnidad dirigiéndose al nuevo propietario, sed testigo así como los caballeros que os acompañan, de que de hoy en adelante el Hospicio de la Habana es el único responsable de la persona de esta señorita.

Landí y sus compañeros se inclinaron cortésmente ante el eclesiástico que les devolvió su saludo.

El plantador, grosero para todos, dejó su inventario para acompañarle hasta la puerta.

Al atravesar la galería, se ofreció á su vista un espectáculo tiernísimo que nuestra pluma no acierta á describir.

María Antonia arrodillada á los pies de la superiora, le suplicaba, con las manos juntas, que no la dejase morir sola en la Residencia.

—No, no, madre, le decía Silvina, estrechándola tiernamente contra su corazón, yo soy una pobre huérfana, una muger inútil que espiraría mañana de hambre.... Tú eres una buena esclava á quien el nuevo dueño dará gustoso su pan.... ¡adios, madre mia! ruega por mí!

Y Silvina echó á andar arrastrando consigo á la superiora.

—Llevadme, llevadme! yo me siento morir! exclamó la nodriza desesperada abrazando las rodillas del sacerdote.

—Levantaos y venid, dijo el confesor con el acento de la verdadera caridad.... todos los desgraciados tienen asiento en la mesa del Señor.

María Antonia exhaló un grito de júbilo que revelaba el mas alto grado de la dicha humana, y corrió á reunirse con Silvina y su nueva madre que tendió cariñosamente la mano á la desconsolada nodriza.

A la puerta del ingenio los aguardaba el coche cerrado, donde subieron los cuatro, tomando inmediatamente el camino de la Habana.

—Ah! exclamó Landí volviendo á entrar en el salón; de hoy mas ofrezco una millonésima parte de mis utilidades al Hospicio de la Habana.... la presencia de esa muchacha me embarazaba mas de lo que pensais.... sentía un peso sobre el corazón....

—Dos esculturas de bronce, valor de cuatro mil reales, añadió el notario apuntando.

—Sí, sí, prosigamos.... teneis razon, añadió Landí retráctándose en su interior del voto que acababa de hacer.

El inventario prosiguió sin interrupcion.

Durante su viaje, Silvina, que se esforzaba en vano por adivinar de qué medio se habia valido Dios preparándole un nuevo asilo, supo de boca

de la superiora que dos dias antes, un caballero rubio, cortés y generoso como ninguno, se habia presentado en el Hospicio, recomendándole una jóven huérfana, que á causa de una quiebra fraudulenta, motivada por sus mismos allegados, iba á encontrarse en el mayor abandono.

—Sí, hija mia; añadió la superiora con entusiasmo, en medio de la corrupcion del siglo, todavía existen corazones nobles y generosos que consagran su vida á socorrer al prójimo en todas sus necesidades. Ese caballero, estrangero sin duda por su acento y por sus maneras que revelaban todo el refinamiento parisiense, manifestaba sin conocer un interés que hizo asomar á mis ojos lágrimas de ternura. Despues de habernos indicado el dia en que seriais desposeída, despues de tranquilizarse con nuestras palabras, se despidió cariñosamente recomendándoos de nuevo á nuestra caridad y ofreciendo á los pies de la madre de los Afligidos unos cuantos billetes de banco, que se destinarán en memoria suya á la mayor gloria de Dios y de su santísima madre.

Silvina que desde las primeras palabras habia reconocido en su bienhechor á Salvandy, bajó los ojos y dejó rodar las lágrimas que oprimian sus párpados sin proferir una palabra.

Ni una queja, ni un suspiro salió de sus labios; reconociendo, aunque tarde, su abandono, aceptó con resignacion el castigo que Dios le imponía y adoró su justicia que la obligaba á bendecir á sus mismos espoliadores.

María Antonia no se habia atrevido á pronunciar una sola palabra en todo el camino.

Cuando llegaron al Hospicio habia sonado ya la media noche.

En el momento en que Silvina se levantó para bajar despues de la superiora, María Antonia, sostenida hasta entonces por las rodillas de su hija, se desplomó en el fondo del carruaje como un cuerpo inanimado.

El sacerdote, que era el único que permanecía todavía dentro del coche, tendió las manos hácia la nodriza esforzándose por levantarla en sus brazos para prodigarla toda clase de auxilios.

¡Estaba muerta!

El alma sensible y cariñosa de María Antonia, habia hallado gracia á los ojos de Dios, subiendo al cielo en el momento en que principiaba para ella en la tierra la desgracia de ver en el colmo del infortunio á su hija querida.

VI.

LA NOCHE DEL 10 DE OCTUBRE.

"Who Thundering comes on blackest steed?
"With slakened bit and hoof of speed?
"Beneath the clattering iron's sound
"The cavern echoes wake around."

"GIAOUR."

Hospedado en una de las casitas pintorescas del arrabal de Jesus del Monte, Ascanio aguardaba con una impaciencia febril á que amaneciese el deseado

dia que habia de ponerle en posesion de tan codiciada riqueza.

En vano recorria los clubs, visitaba sus antiguos camaradas y atravesaba á galope los pintados barrios que rodean la ciudad. Cansado, fastidiado, adelantando sin cesar su reloj como si con él pudiese adelantar el tiempo, volvía siempre á su casa soñando con el nuevo dia que se pasaba como el anterior entre dudas, recelos y esperanzas.

Por fin amaneció el dia 10 de Octubre y con él una nueva pesadilla, ó por mejor decir, un negro presentimiento que vino á exaltar mas y mas la sobreescitada imaginacion de Ascanio.

La supersticion es casi siempre la terrible compañera del crimen, y el mulato que por desgracia conocia toda la fealdad de su delito, creyó ver en aquel dia nublado y triste, el precursor de alguna imprevista y terrible desgracia.

Aguijoneado por un temor inesplicable, contó con ansiedad las horas que pasaban aquel dia con una lentitud horrible, y al fin exhaló una especie de rugido feroz, en el que se reflejaba toda la alegría de ver llegado por fin el momento supremo.

Eran las diez: dentro de una hora, de media, de algunos minutos, quizá veria llegar á Salvandy á darle el último adiós.

Fascinado por aquella idea, el mulato emprendió su tocador, perfumó sus encrespados cabellos, y se puso á esperar, que como todos sabemos, es una de las tareas mas desagradables.

A cada cuarto de hora Ascanio dejaba percibir un movimiento de impaciencia cada vez mas pronunciado. A las diez y cuarto, no pudiendo ya reprimirse, empezó á pasearse como un loco á lo largo del patio: á las diez y media pidió rom para humedecer con fuego su abrasada garganta, y media hora despues ensilló su ligero corcel y se dispuso á partir, dando al traste con las ordenanzas de Magdalena que le recomendaba permanecer en la Habana hasta avistarse de nuevo con Salvandy.

—Las doce! ¡oh! no hay duda, exclamó Ascanio con acento desesperado; aquí hay algo que no puedo comprender!

Y esfuerzo en calmar la poderosa agitacion que le dominaba, montó de un salto sobre Teler y emprendió á la carrera el camino de la Residencia.

Acostumbrado Teler á las correrías de los guagiros atravesaba largas distancias con una velocidad admirable; por eso desde la desaparicion de Colibrí era Teler el caballo favorito de Ascanio, el que le conducía siempre en sus nocturnas correrías y misteriosos mensajes.

Durante su viage, Ascanio caminaba desesperadamente de cavilacion en cavilacion, de duda en duda, de temor en temor, y el ardiente sol de mediodia, que abrasaba su cerebro, aumentaba paulatinamente su fiebre, y exaltaba mas y mas su imaginacion delirante.

En vano tendia el mulato su vista por el horizonte anhelando distinguir en él un oscuro perfil, una sombra siquiera del mensajero de su dicha.

Ascanio llegó á la caída de la tarde á las cerca-

nías de la Residencia sin haber divisado un ser viviente, sin haber visto cruzar ante sus ojos una bandada de alegres avecillas de las que estaban siempre cubiertas aquellas fértiles campiñas.

Aquella soledad, aquel silencio, aumentaba sus temores, fortalecia de una manera horrible su preocupacion, y temblando echó pié á tierra, mirando á todas partes con ojos espantados, enjugando con mano trémula las gruesas gotas de sudor que cubrian su frente morena y pulimentada como el bronce.

Despues que hubo reconocido el sitio en que se hallaba, el mulato se vió forzado á apoyarse en un árbol para no caer.

El que desde el dia de su desaparicion solo habia osado acercarse á la Residencia envuelto entre las sombras de la noche, se encontraba ahora á doscientos pasos de Chateau-Fort, donde cualquiera hubiera podido reconocerle, dando así al traste con todos sus proyectos de felicidad.

Ascanio fijó de nuevo los ojos en el horizonte, temiendo encontrarse bajo la influencia de una horrible pesadilla.

El sol adornecía entonces sus ojos de oro entre arrebolados celages, y la claridad vivísima del Occidente inundaba de luz el punto en que se encontraba el cimarron.

Ascanio experimentó entonces un temor real, positivo, el temor de encontrarse privado hasta de la libertad y reducido de nuevo á su odiosa servidumbre.

¡El, que habia soñado tantas veces ser un Mazepa!

Asustado, acobardado por el imprevisto peligro en que se hallaba, ató apresuradamente á Teler con dos lazadas al tronco del árbol, y arrastrándose como un lagarto por entre los cañaverales, aguardó á que llegase la noche para acercarse á la Residencia, donde merced á la llavecita de la reja dorada podia penetrar á cualquiera hora.

El pecho palpitante, el oido alerta y la cabeza trastornada por mil desatentados cálculos, devoraba Ascanio las horas, los minutos, con una ansiedad sombría que envolvía su corazon como un sudario.

En vano trataba el mulato de explicarse la ausencia de Salvandy por una de esas mil casualidades que destruyen muchas veces los mejores cálculos, su razon, naturalmente clara, le decia que habia allí algo mas que casualidad, que allí habia un misterio inesplicable, pero que le afectaba horriblemente y le sumía en la desesperacion y en la miseria.

Era tan sutil Magdalena, estaba el plan tan peregrinamente combinado! que Ascanio iniciado en todos los resortes que se habian puesto en juego para llevarle á cabo, estaba completamente seguro de que Maria Fleurette no se veria jamás burlada en sus maquinaciones.

Apenas brilló en el cielo la primera estrella, Ascanio, que habia luchado mas de hora y media con su imaginacion calenturienta, se arrastró silenciosamente sobre la yerba hasta ganar las cercas de

Chateau-Fort, en cuyo jardín penetró con la facilidad del gamo.

La habitación de Magdalena estaba oscura y solitaria como un corazón desesperado.

Espantado por el silencio que reinaba en aquella estancia, Ascanio se detuvo un momento sobre la reja temiendo una traición; luego creyendo percibir algún rumor en las habitaciones interiores, avanzó silenciosamente por el gabinete buscando á tientas la puerta por la que salió á la galería principal.

Cada vez mas aturdido por aquella soledad desusada, se encaminó hacia donde se percibía el rumor y llegó hasta la puerta del salón de recibo, donde aun continuaba el inventario.

Al ver á Landí, Ascanio estuvo á punto de exhalar un grito que le hubiera perdido para siempre.

Todo lo sabía ya... Landí, el plantador de los tres millones, el que debía tomar posesión de la Residencia cuando Magdalena y Ascanio estuviesen ya muy lejos de la isla, estaba allí en su casa inventariando sus nuevos muebles con todo el desahogo, con toda la ruda franqueza que concede siempre la propiedad.

Ascanio había sido engañado, vendido, vilmente comprometido, cogido en fin, en sus propias redes.

El mulato retrocedió espantado como si presenciase una visión infernal, y atravesando cautelosamente la galería desierta, bajó á los talleres donde los esclavos de Chateau-Fort, confundidos con los de Landí, reían y cantaban, salpicando con sus cánticos con dichos picantes y obscenas pantomimas.

Aquel era para los esclavos un día de gaudium. A imitación de nuestras razas civilizadas, los pobres negros, libres ya de su antiguo dueño, celebraban con inocente holgorio la llegada de su nuevo opresor.

Al encontrarse en medio de aquel desorden, Ascanio, que pocos momentos antes temiera ser reconocido, pareció perder toda conciencia de su riesgo, y penetrando abiertamente por entre la bulliciosa cohorte, entabló conversacion con uno de sus antiguos compañeros.

A pesar de que la luz de la lámpara que pendía del techo estaba muy lejos de parecerse á la brillante claridad del gas, el esclavo se paró sorprendido al vislumbrar en el caballero recién llegado cierto aire, ciertas maneras y hasta ciertos rasgos en sus facciones que no le eran completamente desconocidos.

Sintiendo que el recuerdo que se despertaba en su imaginación tomaba á cada instante mayores proporciones, el esclavo se acercó mas al mulato y cediendo á un deseo irresistible de expansión, hizo un movimiento para alargarle su mano callosa y dura como un pedernal en bruto.

Ascanio retiró la suya y sostuvo la prueba con una rigidez, que hizo avergonzarse al esclavo de su imprudencia.

En seguida queriendo captarse la voluntad del infeliz cuya mano rehusaba, se acercó á él con cierta dignidad afable, con ese aire de superioridad que tan fácilmente seduce á los espíritus débiles

interrogándole acerca de aquella revolución inesperada, y fingiéndose un verdadero amigo de Chateau-Fort, interesado en conocer á fondo tan gravísimas ocurrencias.

Convencido el esclavo de que había sido víctima de una de esas semejanzas que nos ofrece con bastante frecuencia la naturaleza, respondió sencillamente á todas las preguntas y aseguró al desconocido que la Sra. Magdalena y el Sr. Salvandy se habían fugado la noche anterior con dos esclavos, llevándose todas las riquezas que poseía la Señorita.

En cuanto á la venta nada pudo decirle, porque nada sabía, pero Ascanio no necesitaba saber mas: en su profunda y amarga desesperación no se le ocurrió siquiera preguntar qué había sido de la Niña.

Ciego de cólera, con los ojos inyectados de sangre y respirando fuego, salió á grandes pasos de la Residencia, llegó como un rayo al sitio en que Teler atado al árbol llamaba de vez en cuando á su amo con una especie de quejido, y montando de un salto sobre el ligero corcel, tomó á galope el camino de su cabaña.

La noche estaba oscura y calorosa como un horno recién apagado, la imaginación de Ascanio cuyo delirio aumentaba por momentos le hacía ver en cada árbol, en cada piedra, en cada vallado, un fantasma terrible que le perseguía repitiendo á lo lejos una irónica é insolente carcajada.

Ascanio recordó en aquel momento el vapor anclado en la costa de Puerto Escondido, y lanzó una imprecación terrible que resonó entre las tinieblas como el rugido de un tigre hambriento.

Teler bebía los vientos; Ascanio vestido de negro y erguido como una flecha sobre el corcel, negro también como la noche, semejava una de esas apariciones misteriosas que nos ha legado el enardecido cerebro de Byron. El rumor de la brisa entre la maleza, la chispa que brotaba del pedernal herido por los cascotes de Teler, el ronquido de su misma respiración anhelosa como la de un asmático, hacían experimentar al mulato una violenta sacudida, que concluía siempre por aumentar su delirio.

El calor era sofocante como en las ardientes noches del estío, y allá á lo lejos surcaban el horizonte fugitivos relámpagos que se apagaban en los negros nubarrones que envolvían la atmósfera.

—Chateau-Fort! ¡Val d'or! exclamó Ascanio tambaleando sobre su caballo y llevando la mano á sus ojos heridos por la luz eléctrica. ¡Ellos! ¡ellos que me arrastran consigo á la eternidad!

Atormentado por un terror indecible apretó los hijares al caballo y llegó al fin á la puerta de su cabaña, que á pesar de ser ya mas de la media noche, estaba todavía entreabierta.

Aterrado Ascanio por su delirio poblado de espantosas visiones, sintió un estremecimiento glacial al encontrarse al pie de su cabaña entreabierta y silenciosa como un sepulcro.

Avisado por el trote de Teler salía siempre Zafiro á recibir á su padre, acompañándole los cimarrones con sus alegres gritos y salvaje algazara.

Hoy no se percibían en aquella choza, ni cánticos ni gritos de alegría y Teler inclinaba en vano su cabeza para que una mano amiga le despojase de sus adornos y sus flotantes bridas.

Ascanio aplicó el oído á la rendija de la puerta por donde salía una débil claridad, y en medio de aquel silencio que interrumpían apenas esos mil ruidillos misteriosos de la alta noche, creyó percibir una especie de gemido prolongado alternado con un cántico triste y cadencioso como la oración de los agonizantes.

Ascanio, aunque pudiendo apenas tenerse, recorrió por un momento toda su energía, y empujando con violencia la débil puertecilla penetró en la cabaña, cuya salita encontró desierta y débilmente iluminada.

Al ruido que hizo Ascanio, cesó de pronto el cántico, y salió de una de las alcobas la vieja cimarrona exhalando gritos espantosos y retorciéndose los brazos con una desesperación imposible de describir.

—¡Effie! ¡Effie, qué sucede! preguntó Ascanio con ansiedad sin atreverse á dar un paso atrás ni adelante.

—¡Morí! morí! (1)

Ascanio apartó á un lado á la negra que le vedaba el paso y penetró aceleradamente en la alcoba de donde acababa de salir la pobre mujer.

Maria de Jesus, pálida y desencajada, yacía exánime sobre su lecho; á sus piés oraba el viejo cimarron anegado en llanto.

Ascanio permaneció algunos momentos contemplando en silencio el cadáver; luego tocó con sus labios candentes los helados labios de su hija querida, y salió lentamente de la alcoba murmurando algunas palabras, que nadie pudo comprender.

¿Era una blasfemia? ¿Era una plegaria la que salía de sus labios en aquel supremo momento?

¡Dios lo sabe!

En el instante de atravesar el umbral se paró repentinamente volviendo á todas partes sus ojos espantados.

—¡Zafiro! ¡Zafiro! exclamó buscando en vano á su hijo en derredor suyo.

—¡Ah! mi amo, dijo la negra sin cesar de llorar, Zafiro se ha ido al Ave María en busca de la madre Francisca porque nuestra niña estaba hoy muy triste, mucho..... ¡ah! pobre hijo de mi corazón! ¿quién le dará la triste nueva, mi amo?

—¡Dios es grande! murmuró Ascanio con solemnidad; él ha querido evitarme una de las penas mas amargas! dejadme, amigos míos, dejadme solo por algunos momentos.

Ascanio tomó una lamparilla y entró en la alcoba de la izquierda que era la que siempre habitaba.

Los negros se volvieron de nuevo al lado del cadáver.

Cuando Zafiro, seguido de María Francisca y de la hermosa Effie entraba de nuevo en su cabaña, brillaba ya en el horizonte una de las mas bellas auroras de aquella tierra privilegiada.

(1) Murió, ó ha muerto.

Zafiro penetró el primero en la alcoba y se arrojó sobre el lecho de su esposa exclamando:

—¡María! ¡María!

El pobre joven no había podido imaginarse que estaba muerta.

—¡María! exclamaron á un tiempo Effie y María Francisca.

Los ancianos cimarrones echaron á gritar con acento desesperado:

—Morí! Morí!

Zafiro retrocedió espantado y fijó tristemente sus ojos en el rostro inanimado de María.

La hermosa joven, aunque desfigurada por la muerte, parecía sumida en un sueño tranquilo. Sus párpados transparentes y aterciopelados se desplegaban suavemente bordados de negras y largas pestañas.

Los negros y la guagira luchaban en vano por llevarse á Zafiro que sombrío y desesperado se obstinaba en permanecer al lado del cadáver.

—¡Mi amo! mi amo! exclamó la cimarrona acercándose á la puerta de la alcoba, como para reclamar el auxilio de su señor.

—¡Ah! ¡mi padre! exclamó Zafiro atreviéndose á dejar salir del pecho su secreto.

Y saliendo de la alcoba, corrió á la puerta de enfrente gritando con una voz que hubiera conmovido al corazón mas duro:

—¡Padre! ¡padre! Llorad conmigo.

Ascanio guardó silencio.

—¡Padre! volvió á gritar Zafiro; nada me queda ya en el mundo mas que vuestro amor!

La puerta, aunque al parecer cerrada, cedió fácilmente, y Zafiro penetró en la habitación de su padre iluminada todavía por la moribunda luz de la lámpara.

Zafiro exhaló un grito terrible y cayó sin conocimiento en brazos de los que le seguían.

Ascanio se había ahorcado con una faja de seda de una de las estacas que formaban el techo de la cabaña.

VII.

EL POETA LAUREADO.

¿Dó los mis amores? ¿dó los?

¿Dó los andaré á buscar?

(Cancionero de Romanes.)

María Francisca que podía libremente disponer de su tiempo como mejor le pareciese, creyó que no debía desamparar á sus amigos en la desgracia y se dispuso á permanecer con ellos dos ó tres días, al menos mientras durase la mayor fuerza de su justo dolor.

Aunque anciana ya, María Francisca conservaba una agilidad sorprendente, y como siempre había presumido de diligente y hacendosa, erigióse de buenas á primeras en ama de gobierno de aquella tristísima morada, y ayudada de Effie se esforzó en decidir á Zafiro á trasladarse con la joven negrita á la cabaña de Colibrí, al menos en tanto que los amigos de Ascanio esparcidos por aquellos contor-

nos disponian lo necesario para dar sepultura á los dos cadáveres.

Zafiro se negó obstinadamente á dejar la cabaña en tanto que permaneciesen en ella los objetos queridos.

—Despues madre Francisca, dijo con un acento dulce y tiernísimo pasando su robusto brazo en derredor del cuello de la guagira; iré donde vos querais, seré para vos el hijo que habeis perdido, pero dejadme que á su lado llore en tanto que permanezcan sobre la tierra.

Maria Francisca hizo entrar al Zacateca (1) en la habitacion de Ascanio, y quiso presenciarse por sus ojos el registro que semejantes hombres hacen siempre en los bolsillos de los difuntos.

Las faltriqueras estaban llenas de dinero y su cartera preñada de billetes de banco.

La guagira tomó en sus manos aquel inesperado hallazgo y lo entregó religiosamente á Zafiro.

—Toma, hijo mio, le dijo, contemplando cándidamente las brillantes monedas de oro; hé aquí tu herencia.

—Madre, contestó Zafiro con dolorosa ternura, guardaos mi herencia, como vos la llamais... yo nada necesito ya, ni quiero mas dicha que poderos llamar siempre mi madre.

—Pero... ¿y esta cabaña, hijo mio? preguntó la guagira, aceptando tácitamente el nuevo hijo que le deparaba el cielo.

—Yo se la cedo á esos pobres cimarrones, madre, ¿no tenemos nosotros la tuya? En esta triste morada, yo espiraria de dolor... ¡qué horribles recuerdos! añadió recorriendo con la vista las dos alcobas.

La guagira le besó en la frente, y volvió á sus faenas, dejando á Effie al lado de Zafiro.

Poco á poco se iban reuniendo en la salita todos los cimarrones y guagiros del contorno.

Al espirar el día salia de la cabaña el fúnebre cortejo que arrancaba lágrimas aun á los corazones mas frios; el padre y la hija caminaban á la par llevados en hombros de sus mismos compañeros.

Ascanio habia sido despojado de su traje europeo, pues Zafiro habia manifestado su deseo de que volviese á la tierra con el traje que llevan habitualmente los de su raza.

En cuanto á Maria de Jesus, segun se hallaba vestida, llevaba el hábito del Cármen que le habia regalado Laura. La pobre negra habia espirado con el último rayo de luz, hallándose sentada con sus amigos al pié de su lecho, en tanto que Zafiro pensando disipar su tristeza volaba en busca de Maria Francisca.

Teniendo en cuenta la castidad y pureza de su jóven esposa, el cimarron no consintió que mano alguna profana tocase su casto seno, y Maria caminó á su última morada con su hábito raído ya, con su recilla de seda negra que envolvía apenas su abundante y rizada cabellera.

Ambos fueron colocados en un mismo sepulcro

(1) El que amortaja y sepulta los muertos.

que Zafiro hizo comprar á un precio fabuloso en la feligresía de Puerto Escondido.

—Madre, dijo el jóven negro á la Guagira luego que se hubo concluido la triste ceremonia, vamos; ya nada tenemos que hacer aquí.

Y despues de haber colmado de beneficios á los infelices y ancianos cimarrones, echó á andar acompañado de Effie y de Maria Francisca hácia la cabaña de José Andrés.

Teler caminaba tristemente detrás de Zafiro, que llevaba envuelta en su brazo derecho la larga brida adornada de lazos negros y flecos del mismo color.

Al entrar Zafiro en la cabaña de Colibrí, Maria Francisca lo estrechó contra su corazon, exclamando con voz conmovida.

—¡Zafiro! ¡hijo mio! ¡Effie! ¡Niña querida! vosotros cerrareis mis ojos en mi última hora.

Effie tendió sencillamente su mano á Zafiro como para cambiar una promesa solemne.

Zafiro la estrechó cariñosamente entre las suyas, y abrazó de nuevo á la guagira.

En medio de la tristeza que le devoraba, Zafiro experimentaba un bienestar que nunca hubiera creído compatible con su acerbo dolor. Los cuidados de Maria Francisca y la cándida ternura de la jóven negrita llenaban de consuelo su alma sensible y apasionada; poco á poco se fué acostumbrando á la compañía de aquellas dos almas buenas, y al fin el mundo no le pareció ya un desierto en tanto que permaneciesen en él los corazones que tanto le amaban.

Un mes hacia ya que Zafiro habitaba la cabaña de Colibrí y todavia no habia salido Teler de su caballeriza.

—Hijo mio, dijo la guagira, acariciando con sus enjutas manos el hombro de Zafiro, es preciso que corras los campos... aunque fuese tan solo por el pobre Teler; un mes hace ya que no ha cruzado los cañaverales.

Zafiro se levantó y sacando á Teler de su cobertizo, empezó á vestirle sus adornos de luto.

Las dos mugeres se asomaron sonriendo á la puerta para verle partir.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

AMOR DE UN POETA.

VI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

LA ROMERIA.

—Apenas habíamos salido del caserío cuando llegó á nuestros oídos el eco de alegres y placenteras exclamaciones.

—*«Lecaishúa!»* —esclamó regocijado el montañés.—Y tomándome una mano comenzó á zanzandarme el brazo, al mismo tiempo que, contes-

tando acorde á ese grito peculiar de los vascongados, saltaba lleno de animación y de entusiasmo.

"Yo le miraba aturrido.

"Por qué no haces *Lecaishúa*?—me dijo.—En romería todos hacen. (1)

—"Porque no sé,—contesté.

—"Que no sabes? Pues oye, yo te enseñaré. Has vestido el traje de los vascongados: llevas puesta la boina tradicional; y es preciso que seas en todo un verdadero vizcaino.

"Y despidió otro grito prolongado con mas brio y animación que el anterior.

"A su voz, y como si hubiera sido la señal de alerta, contestaron á lo lejos y en todas direcciones otras muchas comenzando por el *up*, *up* que precede siempre al histórico *ushúa* ó *lecaishúa*; que de ambas maneras se llama ese grito original con que las invencibles huestes vascongadas marchaban al combate cuando defendían su libertad contra el poder de los Césares y mas tarde contra el Agareno. Es un grito alegre, enérgico, lleno de ardor y de brio, que así ha resonado en la soledad de los valles mas humildes como ante las murallas mas poderosas y á través de todos los mares. Los galos y los persas; los medos y romanos; los turcos y los árabes; el antiguo como el nuevo mundo; todos han sentido los efectos del terrible *Ishúa*. Al grito de *Ishúa* enarboló por primera vez una mano vascongada el glorioso pabellon español en los muros de Gibraltar: á la voz de *Lecaishúa* un ilustre vascongado cayó sobre el rey de Francia en los campos de Pavía haciéndolo prisionero: *Leicaishúa* contestó al "Dios sea alabado" de Colon y al "Méjico por el rey de España" de Cortés.

"Donde quiera que haya un vascongado, allí resonará ese grito animoso que así enciende los corazones para la guerra como los dulcifica y los dispone para el regocijo de la fiesta.

"La que iba á celebrarse en el santuario de Ntra. Sra. de Iziar prometía ser muy animada á juzgar por las numerosas y alegres cuadrillas de romeros que descendían de todas las montañas por donde caminábamos.

—"A dónde bueno?—preguntaban en el rico idioma de los *escaldunac* cuando nos divisaban.

—"A Iziar,—respondía mi compañero.

—"Allá vamos tambien,—replicaban los montañeses, y nos estrechaban las manos en señal de buena voluntad.

"Luego sonaba el tamboril—porque es de advertir que cada cuadrilla traía el suyo—y *nescas* y *móviles* mezclados graciosamente y asidos de las manos formaban una larga cadena que marchaba danzando por todo el camino.

"Por fin llegamos á una esplanada cubierta de verde y menudo césped, donde nos esperaban los

hijos de Zarauz. Y como quiera que á la sazón ensayaban el *zorricco* que habían de bailar en la fiesta de Ntra. Sra., nos fué forzoso aguardar á que se concluyera para que el montañés verificase mi presentación.

"Yo no sé, ni he podido explicarme nunca, qué poder mágico poseen los vascongados para hacer agradable y encantador todo cuanto tiene relacion con sus costumbres. Tal vez el secreto irá envuelto en la sencillez misma de estas costumbres, y en el fondo de inocencia y moralidad que las acompaña. Lo cierto es que en aquel país no se ve nada que sea repugnante, nada que no contribuya al bienestar y á la completa y tranquila felicidad del que tenga la dicha de visitarlo. Todo es clásico en él, todo sencillo: los pueblos y los caseríos; los prados y los montes; las aves, los ganados, los habitantes; sus costumbres, sus cantos y sus bailes.

"El que á la sazón se ejecutaba en la esplanada cautivó desde luego mi atención; y habiendo preguntado á Juan José (que así se llamaba el hijo del caserío si conocía la procedencia de aquella danza singular, me contestó:

—"Es original y esclusiva de la raza cántabra. No puedo decirte mas.

"En efecto, en ninguna parte mas que en las provincias vascongadas se conoce el *zorricco*. Pero cuánta poesía hay en cada una de sus figuras! Cuánta ternura en sus compases! Cuánto decoro en sus galanteos y caballerescas ceremonias!

"La raza americana que por la semejanza de gustos y costumbres me ha parecido siempre hermana de esa raza de valientes que mora en las montañas de Guipuzcoa, tiene tambien su especie de *zorricco*, pero ni es tan poético ni tan interesante como el verdadero *zorricco* vizcaino.

"Luego que se hubo terminado el baile, Juan José verificó mi presentación. Pero no creas que fué una presentación ceremoniosa como se acostumbra entre esas reuniones que llaman de buen tono, donde, por lo general, el presentado es acogido con una infinidad de cumplidos tan políticos como forzados y tan llenos de hojarasca como faltos de verdadero sentimiento. El montañés se contentó con decir:

—"Este es Ricardo, mi huésped, que viene á divertirse entre nosotros.

"Y la alegría con que fueron acogidas estas palabras, y las aclamaciones verdaderamente entusiastas con que me recibieron los nobles guipuzcoanos no es posible encarecer bastante. *Lecaishúa* volvió á oírse repetido por mas de doscientas voces, é inmediatamente sonaron las gaitas y tamboriles en honor mio, rasgando el viento con los ecos de la guerrera y vigorosa marcha del *ay! ay! ay! motillac*. A su compás nos pusimos en camino, y por la noche llegamos á Azpeitia, donde nos recibieron con nuevas y prolongadas aclamaciones. Organizóse el baile en la plaza pública que se hallaba vistosamente iluminada con vasos de colores, y las damas y caballeros principales de la villa ejecutaron primorosamente la misma danza que yo había presenciado momentos antes en el campo. Luego

(1) Consigno de intento este language imperfecto porque es el que generalmente se oye á los vascongados cuando quieren expresarse en castellano, y porque me parece que ajustarlo á las buenas reglas sería despojarle de su grata originalidad y tierna sencillez.

fueron llegando los *bañistas* de Cestona, Deva y otros puntos,—forasteros la mayor parte—y el baile entonces se hizo general.

"Así pasó aquella noche.

"Por la mañana, y antes de amanecer, las alturas de Izar se encontraban coronadas de devotos romeros que esperaban ansiosos á que las campanas de la ermita diesen el aviso para la celebracion de las fiestas religiosas. Las puertas del santuario se abrieron de par en par, y como el recinto era reducido y la concurrencia de fieles numerosa, fué preciso improvisar en el campo un altar para la Virgen y un tablado para el predicador. Cuando todo estuvo preparado un cohete dió la señal, y las campanas y las gaitas nos anunciaron que la comitiva del Ayuntamiento se acercaba. Entonces presencié una escena interesante. Cuarenta doncellas de peregrina hermosura, vestidas todas de blanco y adornadas con graciosas guirnaldas, se adelantaron seguidas de igual número de gallardos mancebos que vestían tambien á la usanza del pais ostentando la boina blanca en la cabeza. La vista que ofrecía aquella reunion de jóvenes tan lucidos era por demás encantadora. Al llegar al arco triunfal que se habia levantado para recibir al Ayuntamiento, el Alcalde dejó oír su voz tierna y sentida para dar gracias á la Providencia porque una vez mas permitía que aquel pueblo feliz se acercase al santuario de la Virgen á celebrar su fiesta. Concluido el discurso los mancebos arrojaron sus boinas al aire, las doncellas desplegaron sus cintas de flores, y al compás de alegres canturias rompieron la marcha danzando caprichosamente hasta que llegaron al campo donde se habia levantado el retablo para la Virgen. En tanto las campanas de la ermita repicaban á vuelo, la música de la villa daba al aire sonatas agradables, una nube de cohetes cruzaba el espacio con atronadora algarabía, y todo era animacion y regocijo entre los concurrentes.

"Poco á poco fueron empero apagándose los ecos de las músicas, el alegre clamoreo de los dulzainas y el sofocado retumbar de los cohetes. Cuando las campanas contuvieron su lengua de metal, el silencio mas completo reinaba en el campamento, y cada cual ocupaba su puesto guardando el orden mas admirable en la colocacion de sexos y edades. De repente suena una campanilla y todos los circunstantes se postran de rodillas. Los sacerdotes del Señor se acercan al ara Santa donde habia de celebrarse el sacrificio de la misa; déjanse oír los cantos religiosos; y el sol se levanta magestuosamente por encima de las montañas, enviando su primer rayo sobre la pura é inmaculada frente de la Virgen. Los pajarillos del bosque saludan esta aparicion; pero como si un poder invisible hubiera tocado sus inocentes corazones, enmudecen al momento y no se vuelve á oír sus dulces trinos hasta la conclusion de los oficios. El pueblo se santigua, arden las navetillas de plata, y la nube de humo de incienso que despiden, y la suave brisa de la mañana impregnada con el perfume de las flores silvestres, forman una atmósfera tan embriagadora

que no parece sino que es una fiesta de ángeles la que se está celebrando en la pradera. Ya sube las gradas del tablado el modesto pastor que va á dirigir su voz inspirada al auditorio. La mañana es hermosa: el cielo está despejado; y la calma mas completa reina en la naturaleza. En medio de tanta solemnidad déjase oír la palabra divina y el noble pueblo vascongado se conmueve. Yo escuché y observé lleno de admiracion. El orador habla en vascuense; su discurso es sencillo pero lleno de unción y ajustado al espíritu del evangelio. "Sed humildes"—dice—y el pueblo baja la cabeza. "La soberbia es abominable. Solo la humildad engrandece á las criaturas..."—Y cual si fuese preciso patentizar la verdad de estas palabras, veo que las lágrimas asoman á los ojos del auditorio.

Nunca pueblo alguno me pareció mas grande que el pueblo vascongado segun se presentaba á mi vista en aquel instante.

—"Oh! —dije para mí.—El que conozca como yo la bravura de esta gente y la vea conmoverse hasta derramar lágrimas á la sola voz de un sencillo predicador, comprenderá todo lo que vale y cuán digno es del respeto y de la veneracion de los demás el pueblo que tiene la suerte de producir semejantes hijos!

"Concluido el sermón se adelantaron cuatro sacerdotes vestidos de sobrepelliz; levantaron sobre sus hombros las andas de la Virgen; el cortejo del Ayuntamiento la cubrió con un pálido, y colocados de esta manera, y seguidos de todos los fieles que habian acudido á la fiesta, se llevó la santa imagen procesionalmente dando la vuelta por todo el redor de la montaña, en cuyo centro se eleva el Santuario, y desde cuyas alturas el Ministro que habia celebrado fué bendiciendo los campos por los cuatro costados. Luego se colocó la santa imagen en el interior de la ermita donde una á una fueron á besarla todas las personas.

"Terminada de esta manera la fiesta religiosa de la mañana se procedió á las fiestas profanas, y á fé que no sé por qué he de dar este nombre á los regocijos inocentes y sencillos que luego se celebraron.

"Primeramente se ejecutó una danza alegórica entre Azpeitianos y Azcoitianos, en la cual los primeros representaban el ejército cristiano de la época del rey Santo, combatiendo contra los segundos que iban armados y vestidos á la usanza de los moros. El efecto de este baile no podia ser mas agradable. Despues de una hora de lucha llena de peripecias interesantes para ambos bandos, los cristianos enarbolaron la bandera victoriosa en medio de las aclamaciones entusiastas de los espectadores. Cuando llegamos á este pasaje de la funcion creí que no habria ya nada que ver, pero me llevé chasco; porque, como he dicho antes, el pueblo vascongado tiene la virtud de no hacer nada que no lleve en sí el sello de moralidad que le caracteriza. No bien los clarines de guerra proclamaron la victoria por los caballeros cristianos, cuando estos descubrieron sus cabezas y se postraron de hinojos para dar gracias al cielo por la señalada proteccion que les habia dispensado: luego en-

viaron á su rey como regalo de muchísima valía los pendones y las joyas ganadas al enemigo; y por fin, á presencia del mismo rey que habia venido para celebrar festejos en honor de los vencedores, se corrieron sortijas, demostrando en este ejercicio una destreza y habilidad envidiables.

—Cuando hubo terminado este segundo juego se organizó el zorzeo en el cual tomaron parte unos despues de otros los representantes de todos los pueblos que habian acudido á la romería; y por mi parte puedo asegurar sin pasion que cuando tocó el turno á los de Zarauz no fueron los que se lucieron menos.

—Pero todo esto era nada en comparacion de lo que vino despues. Dada la señal de haber terminado las fiestas que pueden llamarse de programa, una nube de tambores y dulzainas se hizo dueña del campo, y por todas partes se veian corrillos donde se bailaba alegremente, en tanto que en lo mas llano de la pradera se preparaban luengas mesas destinadas al servicio del almuerzo. Magnífico y abundante en suculentos manjares fué este, y no hubo individuo, desde el mas grande al mas chico, que no disfrutase de él; siendo de notar además que en la colocacion de personas en la mesa no se guardó privilegio alguno ni hubo preferencia de asientos como observé que se habia hecho durante la celebracion de las fiestas religiosas.

—Sin duda—dije para mí—esta gente presume (y si es así presume bien), que en la mesa no debe existir distincion de clases ni categorías, mucho mas cuando como al presente se celebra un convite que la hermandad de la Virgen da en celebridad de su fiesta.

—Despues del almuerzo comenzaron de nuevo los ejercicios piadosos; hubo vísporas y sermon. Mas tarde se corrieron algunos novillos, y por fin se volvió á los bailes que no cesaron ya en toda la tarde. Yo estaba embelesado con cuanto veia. El que no haya visitado la provincia de Guipúzcoa no podrá nunca formarse idea del cuadro que presentan aquellas montañas en un dia de romería. Es tan encantadora la inocente expansion, la apacible alegría que reina entre aquella juventud: son tan gallardos los mancebos, tan guapas y tan aseadas las doncellas que, al contemplarlos el viagero, siente un placer inefable, pues ve realizados los poéticos y fabulosos cuentos de los pastores de la Arcadia.

—Por mi parte puedo asegurar que recordaré siempre enternecido la apacible felicidad que disfruté aquel dia, acaso el mas tranquilo y el mas dichoso de mi vida. Desde un principio fuí objeto de las mas delicadas atenciones, y no hubo joven que dejase de animarme con su palabra y con su ejemplo para que tomase parte en el general regocijo. Particularmente Juan José no cesó de amonestarme para que entrase en danza, haciéndome observar que allí todos bailaban confundidos sin establecer distincion entre el rico propietario y la humilde labradora, ni entre la hermosa mayorazga y el infeliz pastor. Esto—qué en realidad veian mis ojos—me complacia en extremo, y mas de una

vez hubiera puesto á prueba mis conocimientos coreográficos si no hubiese sido por el recuerdo de María. Creí que por lo menos esta atencion debia á su memoria; pero ella misma se encargó de demostrarme que tal delicadeza era una niñería en aquellas montañas.

—Esplicaré por qué digo esto.

—Sería la media tarde cuando se oyeron alegres voces á lo lejos de la pradera. Al poco tiempo vimos que se acercaba una numerosa y lucida comitiva que, sin andarse en ceremonias, se mezcló en los círculos poniéndose cada cual á bailar con la mayor naturalidad del mundo. Picada mi curiosidad con este nuevo incidente me aproximé á observar y reparé con sorpresa que los recién llegados eran los bañistas de Zarauz, entre los cuales se encontraba María. Verla y dirigirme al que danzaba con ella todo fué uno.

—Con permiso—dije llevando mi mano á la boina como observé que era costumbre entre aquellos escelentes jóvenes.—Y sin mas rodeos el mancebo se retiró cediéndome el puesto para que bailase con su dama.

—No te parece esto muy singular? Verme por tales medios frente á frente de María, dispuestos ambos á bailar unas folias á campo abierto y al compás del humilde tamboril, me parecia tan inverosímil que no pude menos de reirme de la gravedad humana.

—¿Será posible—pensaba yo—que la alegre danzadora que tengo delante, y que se complace sin duda alguna en bailar estas folias con un inofensivo mótíl como yo; pueda llevar el fingimiento ó mas bien la reserva y severidad que le impone su alto rango; hasta el extremo de mostrarse ofendida si por acaso un hombre bien nacido, pero que no ocupe en sociedad una posicion como la suya, se atreviese á requerirla de amores? Se me dirá que bailar no es hablar de amor; pero yo responderé que lo mas fácil, cuando no lo mas probable, es que lo uno venga en pos de lo otro... El baile acorta mucho las distancias. Y luego... un mótíl no es un hombre?... ¿Quién puede prever hasta dónde son capaces de llegar los caprichos de la mujer, y menos aun en lo que pueden convertirse ciertos caprichos?

—Mas lejos tal vez hubiera ido en mis reflexiones si la voz de María no hubiese venido á sacarme de ellas.

—Eh! Que pierde Vd. el compás—me dijo.—Ahora tocan á valsar y Vd. ni siquiera lo ha advertido.

—Es verdad,—contesté asiendo su mano para valsar.—Admiraba tanto la hermosura de Vd., que insensiblemente he olvidado el compás que marca el tamboril.

—La dama me miró entonces y parecióme que quedaba sorprendida, ignorando si era por el temblor y la emoción que notaría en mí, ó por la semejanza de mi cara bajo la boina vascongada con la de otra que ella habia visto bajo el feo sombrero de petimetre.

—Repáre Vd., señorita, que quien pierde ahora

el compás es Vd.—la dije notando que lo hacia muy mal.

—“Sí, sí,—contestó aturrida—perdone Vd., mas! no sé... me parece que me mareo... no me siento bien!. Si Vd. quisiera que descansásemos...

“Y al mismo tiempo que así hablaba, oprimia mas y mas su pecho contra mi pecho, y aceleraba el compás como si quisiera impedir con su impulso que yo hiciese caso de sus palabras.

—“Pero adónde va Vd. á parar, señora?—la dije. Advierta Vd. que el tamboril ha cesado y que ya nadie baila mas que nosotros.

—“No importa, no importa—esclamó.—Sigamos.—En romería lo mismo se danza con tamboril que sin él.

—“Pero no me decia Vd. hace un momento que deseaba dejarlo porque se mareaba?

—“Era la falta de costumbre... las primeras vueltas. Pero ahora... Oh! ahora me siento tan dispuesta á valsar que lo comprometo á Vd. para el primer vals que toquen. Me agrada la manera de bailar que Vd. tiene.

—“Gracias, señora. Tan halagüeña lisonja me complace en extremo y corresponderé á ella con todo el placer de mi alma.

“Diciendo esto la dejé entre sus amigas y me reuní con Juan José que vino á decirme:

—“Me alegro de ver que al fin te has animado á bailar, y te confieso que tu retraimiento me iba disgustando, porque me hacia sospechar que no estabas contento de que te hubiese traído á esta fiesta. Te gusta la marquesita? Eh! Y ella parece que desea conocerte, porque no te pierde de vista un momento. Repara, repara como te mira.

—“Dices que me mira!—contesté poniéndome encarnado como la grana.—Bah! Será aprension tuya ó capricho de ella. Yo no la conozco.

—“Que no la conoces?

—“No.

—“Ni ella te conoce?

—“No.

—“Entonces es que le has gustado.

—“Qué dices?

—“Lo que presumo; porque una mujer nunca mira con tanta insistencia al hombre sino hay cariño ó por lo menos amistad.

—“Pues ni una ni otra cosa existe en la ocasion presente, porque—te lo repito—ni conozco á esa mujer ni creo haberla visto jamás.

—“No te incomodes por eso hombre! Me parece que nadie se ofenderia porque le dijese que agradaba á una mujer tan hermosa.

—“No he reparado en si es hermosa. La conoces tú?

—“Sí, y me parece que desea venir á hablarnos. Lo dicho! Ya se acerca.

—“Se acerca?

—“Sí.

—“Pues oye, Juan José. Si te pregunta quién soy te ruego que la digas...

—“Qué?

—“Que soy un amigo.

—“Nada mas?

—“Si; puedes añadir que soy de Deva, de aquí ó de donde tú quieras con tal que no sea de Madrid.

—“Ah! ah!—Bien venida sea Vd., Maria. Perdone Vd. que no haya ido á saludarla á su casa porque hasta ayer, cuando veníamos á la romería, no supe que habia Vd. llegado á Zarauz. Y los papás?

—“Buenos están, Juan José. Los tuyos sé que no tienen novedad, porque al venir hacia aquí subí al caserio á saludarlos.

—“Siempre tan bondadosa, María!

—“Es un deber visitar á los amigos, sobre todo cuando estos son ancianos. Pero veo que la romería está animada. Has bailado mucho, Juan José?

—“No me he descuidado. Este amigo es el que, con gran sentimiento mio, hasta ahora no habia tomado parte en la fiesta. Mas ya tocan, bailaremos, María?

—“Dispénsame; por esta vez no puedo complacerte, pues estoy comprometida á bailar con tu amigo.

—“Hasta luego, pues.

—“Juan José se separó para buscar pareja.

—“Yo estaba sorprendido de ver y oír á María. Me parecia un sueño, me parecia mentira que aquella fuese la alta y soberbia dama que habia conocido en Madrid. Á tal extremo llegaba la transformacion que habia sufrido desde la corte á la montaña.

—“Vd. no es de Zarauz—me dijo clavando en mí una mirada penetrante.

—“No señora—la contesté.

“Mi respuesta no la satisfizo: ella queria saber mas.

—“Dónde ha conocido Vd. á Juan José?

—“A Juan José? Psh! En dos mil fiestas como esta en que nos hallamos.

“La dama pasó su delicada mano por la frente como si quisiera arrancar de ella algun pensamiento que la dominara y murmuró al mismo tiempo sin poderse contener.

—“Locura!

“Desde aquel momento me pareció que su entusiasmo por el baile habia decaído.

—“El vals!—esclamé— vamos, ahora bailaremos en regla.

—“Sí, sí,—dijo ella clavándome otra mirada.—Esto á lo menos anima.

“Y asió de mi mano.

—“Qué tiene V.?—me dijo—la mano de V. tiembla!

—“Y la de V. abrasa, señora!

—“Verdad que sí? Oh! yo no bailo, no puedo bailar.

—“Por qué? acaso la agitacion....

—“Sí,—esclamó mirándome despechada—la agitacion me hace daño.

—“Entonces lo dejaremos....

—“Mas vale, sí; gracias.

“Y este gracias lo dijo de tal manera y lo acompañó de un saludo tan seco que parecia quererme

indicar que la dejase sola cuanto antes porque mi presencia la incomodaba.

"Tentaciones tuve de darme á conocer; pero no lo creí conveniente todavía.

"Así, pues, me retiré sin hablarla una palabra.

"Cuando se concluyó el baile no buscó á Juan José como yo esperaba, ni volvió á mirarme en toda la tarde. Por mi parte no bailé con nadie. Durante la comida, que fué general como el almuerzo, no aparté de Maria la mirada; pero ella que lo advirtió esquivóla cuidadosamente. Al terminar la comida, y sin esperar á que oscureciese para ver los fuegos artificiales, descendió con sus compañeros al llano donde aguardaban los criados con los caballos de la brida, y montando en estos, desaparecieron todos por el camino de Zarauz. Yo quedé triste. La momentánea aparicion de Maria, y la manera como se había separado de mí me afectó en extremo. Sin embargo, Juan José y sus amigos me animaron pronto con delicada prudencia, y gracias á sus bondades disfruté de la fiesta hasta el fin.

"Los fuegos artificiales fueron sencillos pero vistosos: luego sonaron las campanas de la ermita el toque de oraciones, y todos descubrimos la cabeza y acompañamos al sacerdote que entonó una salve. Por fin fuimos besando uno á uno la santa imagen; la música tocó una marcha, y el Ayuntamiento se despidió hasta el año próximo en medio de las mas entusiastas aclamaciones.

"Despues, la multitud fué desfilando por distintos caminos: el sonido de las dulzainas y tambores que llevaban los de otros pueblos fueron debilitándose á lo lejos; y un momento mas tarde, cuando nosotros los de Zarauz trasasábamos una montaña, despedimos el grito venerando, el poderoso *Ishúa*, al cual contestaron por todas partes; pero los ecos llegaban ya tan apagados á nuestros oídos, que mas semejaban ayes de agonía que las alegres modulaciones de *Lecaishúa*.

(Se continuará.)

PEDRO MANUEL DE MOROY.

LA COMEDIA DE LAURA.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. MARIANO URRABIETA.

(CONCLUSION.)

ESCENA III.

Los mismos, menos Federico, que se retira algunos pasos. Se declama con afectacion todo lo que va marcado entre comillas.

LAURA, principia declamando.

"¡Cuán desgraciada soy!" (se sonrie)

EL MARQUÉS.

¡Cómo lo dices!

Nadie que es desgraciado se ha reído.

LAURA.

Vamos, no me interrumpas; de ese modo

Será eterno el ensayo: lo repito:

"¡Cuán desgraciada soy! ¡Y he de advertirle

"Que renuncie ¡Dios santo! á mi cariño;

"Que no me vuelva á ver, que ya otro dueño

"Dispone de mi mano á su albedrío,

"Y que debo risueña y satisfecha

"Prepararme de hoy mas al sacrificio!"

EL AUTOR (á Federico).

Ahora le toca á Vd.

FEDERICO (muy bajo).

"¡Cielos! ¡Matilde!"

EL AUTOR.

Un poquito mas alto, no se ha oído.

FEDERICO.

"No verte es el tormento mas acerbo,

"El rigor mas cruel de mi destino.

"Ni la esperanza, cuando no te veo,

"Mitiga mi dolor!" (hablando) Está bien dicho?

EL AUTOR.

Mas sentimiento.

FEDERICO.

"Te contemplo ahora,

"Y cuanto mas y cuanto mas te admiro,

"Tanto mas se fascina y se arrebata

"Mi alma al esplendor de tus hechizos.

"Tú eres el todo para mí en el mundo,

"Mi esperanza, mi gloria, mi delirio.

"¿Por qué tanto esperar? Declararemos

"De nuestro amor inmenso el poderío,

"La irresistible fuerza, ¡y quién lo sabe!

"Quizá de tanto amor compadecidos,

"Accederán, Matilde, á nuestros votos,

"Alcanzaremos..."

LAURA (aparte y con angustia).

"¡Si supiera!"

EL MARQUÉS.

Dícelo,

A ver qué cara pone.

LAURA, (se sonrie hablando)

No es posible

Continuemos así, no lo permito.

Un poco de silencio es necesario;

Ya se recomendó desde el principio.

EL MARQUÉS.

Callemos, pues, y que el ensayo siga.

FEDERICO (*declamando*).

"Matilde, no vaciles; es preciso
"Acabar de una vez con esta angustia
"Que atormenta incesante al amor mio...
"¡Si debiera perderte!... No, no quiero
"Detenerme en tan negro vaticinio;

(*con frialdad*)

"Mi suplicio es horrible..."

EL AUTOR.

Con mas fuerza,
Espresar el horror de ese suplicio.

FEDERICO (*hablando*).

¡Qué dichoso papel! es tan ardiente
Que hace falta un arrojo decidido
Para estar siempre entre ascuas y entre llamas.

EL MARQUÉS.

Que no van á dejarte salir vivo.

EL AUTOR.

No mas interrupciones; callaremos
Hasta el fin de la escena.

LAURA (*hablando*).

Yo prosigo.

(*declamando*)

"Carlos, no puede ser; mi voz no acierta
"A declararte lo que al pecho mio
"Acongoja y tortura... Sí, cuán lejos
"Estás de sospechar..."

FEDERICO.

"Habla.

LAURA.

"Oh martirio!
"Nuestro amor, nuestro amor puro y hermoso
"Debe ser condenado ya al olvido.

FEDERICO.

"¡Matilde!

LAURA.

"Carlos, sí, quieren casarme;
"Debemos separarnos, y ahora mismo..."

FEDERICO.

"No, no es verdad lo que me dices,
"Tus palabras engañan mis oídos.
"Dime que no es verdad; dime, Matilde,
"Que es de tu corazón un artificio
"Para probar mi fe..."

LAURA.

"Carlos, es cierto,
"Es la verdad.

FEDERICO.

"Y de tan cruel designio
"Tú mensajera te haces, tú me anuncias
"Que está abierto á mis pies el precipicio!
"Y cuando yo creía enagenado

"Ver llegar nuestro amor hasta el empíreo,
"Tú sin temblar y con firmeza horrible
"Le sepultas por siempre en el abismo!
"¡Ah! Lo comprendo ahora, veo claro
"El fondo de tu amor; ¡amor infuero!
"Veo que tu pasión, tus juramentos,
"Que todo tu querer era fingido.

LAURA.

"Carlos, es la obediencia..."

FEDERICO.

"¿Y no resistes?"

LAURA.

"Inútil fuera..."

FEDERICO.

"Basta: si el peligro
"Que hubiera en insistir fuera la muerte,
"Yo le arrostrara por morir contigo.

LAURA.

"¡Ah!

FEDERICO.

"No en un día, Matilde, se deshacen
"Tantos votos eternos de cariño;
"No en un día se arranca para siempre
"Un amor que nació siendo infinito.
"Ten piedad del dolor que me devora..."

(*Federico debe leer la nota siguiente como si fuera del papel:—Carlos se arroja de repente á los pies de Matilde.*)

EL AUTOR.

Se hace y no se dice, amigo mio.

(*Al marqués*)

Ahora aparece el padre tremebundo
Y de tan bella escena corta el hilo.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos.

EL MARQUÉS.

(*Arrojando su papel sobre la mesa con desaliento.*)

Que es la aparición inútil
Juzgo yo; hablemos claro:
¿El ensayo es de recibo?

EL AUTOR.

Como no estaba estudiado...

EL MARQUÉS.

Aunque se diera al estudio
El término de dos años
Lo mismo parecería.

FEDERICO.

No digo yo lo contrario.

EL MARQUÉS.

Y haces bien: hablando en plata,
No sirves tú para el caso.
¡Y Laura! ¿Qué te parece?
¿Ya vas perdiendo aquel ánimo
Con el cual lo hallabas todo
Tan facilito y tan llano?

LAURA.

Confieso que mi valor
Se ha quebrantado algun tanto.

EL MARQUÉS.

Lo creo, y te apoyaré
Si no pides otro ensayo.

LA MARQUESA.

Pero ahora me toca á mí.
El previsto desengaño
No nos liberta por cierto
Del compromiso en que estamos.

(á Laura.)

De tí ha nacido la idea
De este juguete dramático;
La noticia se ha esparcido,
Tenemos ya convidados
Que cuentan ver tu comedia,
Y se prometen un rato
De gran diversion: ¿qué haremos
Para salir de este paso?

LAURA.

Nada, no hagamos nada.

LA MARQUESA

Y van á venir...

LAURA.

Dejarlos.

EL MARQUÉS.

¡Qué frescura!

LAURA.

Que vengan;
De lo demás yo me encargo.

EL MARQUÉS.

Corriente;

(á la marquesa.)

segun se esplica
Parece asunto arreglado.

LA MARQUESA.

¡Ya! pero de todos modos
No estará mal que sepamos
Si dará este nuevo plan
Un chasco sobre otro chasco.

LAURA.

Lo digo pues;
(Señalando al público.)

Me imagino

Que ahí está el público; salgo.
Me saludan, me reciben,
Supongo que con aplauso,
Y cuando prestan oído,
Y cuando callan las manos,
Entonces comienzo yo,
Y de esta manera esclamo:

(Laura se adelanta en la escena.)

Teníamos prometida
Una comedia: palabra
Os hemos dado, señores,
Aquí de representarla.
El ensayo ha sido hecho;
Pero ¡oh! colmo de desgracia!
Al salir bien de la empresa
Nuestro talento no alcanza.
En tan grave apuro veo
Que aliento y fuerzas me faltan
Para decir que la idea,
El empeño y la palabra,
Todo desde este momento
Queda reducido... á nada.
Y sin embargo, la fiesta,
Para nosotros tan grata,
Que en esta casa os reúne,
Debíamos celebrarla
Poniendo en planta el proyecto
De nuestra funcion dramática.
¡Cómo ha de ser! Otro año
Quizá mas adelantada
Nuestra tarea, podremos
Con ella solemnizarla.
No obstante, no haya promesa,
No debe dar esperanzas,
Quien luego en vez de cumplirlas,
Las deja como hoy burladas.
Pero concluyo: en todo esto
Dicen que la intencion basta:
Ved pues no mas la intencion
En la COMEDIA DE LAURA.

FIN.

LOS CINCO MISTERIOSOS TALISMANES

DE LA

VIDA HUMANA.

POR

Pedro de Prado y Torres.

(CONTINUACION.)

VI.

MIRABEAU.

Hubo una pausa, y la voz añadió:

—¡Las miserias de aquellos que han perdido ó
abusado de los tres preciosos dones, la *vista*, el
gusto y el *tacto* ó sensibilidad, acaban de serte re-
velados, ¡oh escéptico! ¡Tus ojos han penetrado los

misteriosos arcanos de lo pasado. Tiende ahora la vista hacia adelante, Bálamo, y discernirás cosas que están germinando en los espacios del porvenir!"

Apenas oye Cagliostro esta aseveración, cuando creyó ver descorrerse una cortina impenetrable para ojos mortales, disipando las formidables cuanto temibles sombras de lo futuro; y se halló transportado á uno de los mas distinguidos salones de París, adornado con el mas refinado lujo. Pilares incrustados de lapizlázuli sostenian la techumbre con sus airoso chapiteles, y en el claro que mediaba entre pilastra y pilastra, sobre mármoreos pedestales alzábanse nobles bustos y esculturas dignas del cincel de Praxiteles, que se multiplicaban infinitamente en los espejos suspendidos con profusion en las paredes. Una alfombra de gusto oriental cubria el pavimento, y una cama que se veía en el fondo estaba oculta por ricas colgaduras de terciopelo y oro, lo mismo que las ventanas. Un candelabro de antigua estructura, sobre una consola, difundia una luz suave sobre ese fausto doméstico: mientras que fragantes gomas orientales ardian en ricos pebeteros. Aunque familiarizado Cagliostro con el lujo y el esplendor jamás los habia visto antes armonizados con tanto refinamiento: y pensó que la posesion de semejante casa seria un comienzo de la felicidad que soñaba en sus devaneos; pero en medio de ese innoble pensamiento, recibió un mentís algo rudo, porque de debajo de las cortinas del lecho salieron algunos hombres vestidos á la moda antigua, y ostentó aquel tálamo á un moribundo; era aquel el lecho mortuario de un ser extraordinario que fué conocido en el mundo con el ilustre nombre de Honorato Gabriel de Mirabeau. El demagógico patricio reposaba doliente sobre el tálamo de la disolucion, y su espaciosa frente estaba ya humectada con el frío sudor de la agonía.—Cagliostro no pudo ver sin emocion el vaticinio de la próxima muerte del tribuno, porque aun en su fealdad superlativa, aquel rostro poseia cierta espresion sutil, indefinible y fascinadora; aquella figura colosal que tantas veces supo aplacar los tumultos de la Asamblea Nacional.... ¡ay! ¡yacía postrada! ¡La voz que con metálicos ecos habia resonado en los ángulos de la nacion como un clarín estaba estinguida!.... Aquella voz que de un modo tan sublime y con tan inspirada entonacion habia dicho á los Marselleses: —"Al morir el último de los Gracos arrojó al cielo un puñado de polvo, y de ese polvo nació Mário."

Yacía apagada aquella misma voz que supo captarse la aversion de la señorita de Mariñon por su dulce melodía; aquella voz en fin, que supo ser á la par, ley de la plebe, y oráculo del rey! —Allí yacía Mirabeau en presencia de Cagliostro con su fealdad habitual, pero aun mas repugnante por los rastros de su terrible dolencia, y la mano de la muerte marcaba mas profundamente los hoyos de la viruela que tan mal habian tratado su rostro; sin embargo, en medio de todo percibiase á las claras en aquellas facciones cierta susceptibilidad masculina; y no parecía sino que se consideraba la única garantía contra una tremenda re-

JULIO.

volucion; que sin él toda esperanza de paz y de buen gobierno se desvanecía. Era la antítesis de la opinion pública. Noble de nacimiento, y plebeyo por casualidad; demócrata por principios, y por ambicion dictador; (*as I know many.*) Egida del trono, y sable del pueblo, hallábase precisamente colocado en medio de los poderes contendientes de su época. Era árbitro entre el monarquismo y la rebelion, ocupando la supremacia al mismo tiempo del palacio, la cámara legislativa, y la plaza del mercado; porque todos en él reconocian al presagio de su buena suerte, y confiaban por conducto *suyo* adquirir la realizacion de sus deseos.

Adulado por los favoritos del monarca, aplaudido por los miembros de la asamblea nacional, é idolatrado del populacho, poseian triples cimientos su prestigio é influencia.

Y sin embargo, efecto de una contradiccion tan notable como las anomalías de su carácter, todos los partidos parecian regocijarse porque *se fuese*. Así era en efecto: el rey parecia alegrarse de su *ausencia*, porque veía en Mirabeau la personificación de una formidable sediccion. —Alegrábanse los aventureros políticos, porque monopolizaba la popularidad, y los hacian aparecer insignificantes enfrente de su genio colosal; y el pueblo mismo parecia mas bien satisfecho de su fallecimiento por considerarlo como el único obstáculo colocado entre él, y el poder supremo. Todos lo estimaban como á su salvaguardia presente; pero, le aborrecian como á su obstáculo futuro. Tales fueron los sentimientos profesados hácia Mirabeau en los últimos periodos de su escéntrica, y fugitiva carrera. Y en medio de tantos intereses opuestos, él solo, permanecía firme constituyéndole su oratoria en el pacificador de la revolucion; su duplicidad en su diplomático, y su capacidad intelectual en su gobernante. Y no contento aun en tantos triunfos buscó otros y fué en ellos igualmente afortunado. La legislacion, y la orgía dividian á medias su entusiasmo, y comprobaron que fué no solo el mas osado político, sino tambien el ciudadano mas depravado de la Francia.

Y cuando su poderío y su popularidad habian llegado á su apogeo, Honorato Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, yacía postrado en el lecho de la muerte.

Acercóse Cagliostro, en su figuracion, al tálamo del demagogo que hablaba aun; y como dice Lemercier, su voz conservaba todavia un ligero acento meridional; la rosada luz del candelabro reflejó sobre su cadavérico labio, y dijo:

—"¡Rociadme con perfumes; coronadme de flores, para que pueda entrar de ese modo en el sueño eterno!"

¡Palabras memorables; las últimas que pronunció Gabriel de Mirabeau! Ellas materializan el espíritu de su estéril filosofía, y están en armonía con el desvanecimiento de su genio (1) cuando Ca-

(1) Hasta el mismo Alfonso de Lamartine reconoce que, ni su carácter, ni sus hechos, ni sus pensamientos poseen el sello de la inmortalidad.—*Historia de los Girondinos*; lib. I, cap. III.

gliostro le contemplaba espirante ya, las tinieblas le circundaron otra vez, y la voz misteriosa le deslizó al oído estas palabras:

—“¡Esa es la recompensa de aquellos que llegan á ser esclavos de sus mas nobles, como de sus mas degradantes apetitos, esa las dolencias, y la saciedad; y su talisman queda destrozado en el momento mismo de querer servirse de él.”

VII.

BEETHOVEN.

Cuando calló aquel misterioso acento sintió Bálamo que sus piés pisaban la tierra, y la brisa produjo como un suspiro agitando el rasoliso de su dominó. Creyó que bajaba á su jardinito; empero se halló de repente en otro de Alemania, donde habia un *parterre* lleno de cuadros de vistosas flores, y que daba paso á un comedor por una ancha puerta á guisa de ventana. Esto no causó gran sensacion á Bálamo sino una música dulcísima que hirió su tímpano, habituado á tan superiores armonías. No contento con oirla sin ver á quien la producía, encaminóse en derechura á la casita, penetró en aquel especie de comedor campestre, y allí divisó de espaldas á un hombre sentado á un hermoso piano. No reparó si era ó no de corta estatura, pero sí musculoso, porque estaba únicamente absorto en las fuentes de armonía que brotaban de las yemas de sus dedos. Producía dicho instrumento sonidos festivos y jocosos; trinaba á manera de carcajadas; ora eran caprichosos como los alegres antojos de una coqueta, ora se engolfaban en dulces y cadenciosas de inefable ternura. —Mudóse luego el compás con un inesperado salto de los eléctricos dedos del hábil tocador, brotando un torrente inagotable de notas; sus manos no se veían sino formando zig-zacs sobre el teclado, que respondían con voces dulces, y ágiles por su rara confusion, y al mismo tiempo ecólicas en su sorprendente ingeniosidad. Gradualmente, empero, aquel *allegro* facecioso fué degenerando en otro preternatural y selvático; en arranques que daban calofrios, erizaban los cabellos, hacían estremecer las carnes y ocasionaban crispaturas de nervios; semejando á las veces los chillidos de las brujas de Walpurgis, y otras, el huracan furioso, ó el rebramar de la tempestad.

Luego hubo otra transicion, patética; lamentos de un corazon enamorado. El instrumento resonaba triste, melancólico, lleno de emociones múltiples y encantadoras. —Cagliostro seguía en éxtasis, y se colocó de modo que pudiera ver las facciones del pianista, llenas de dignidad y de inspiracion, mas de pronto un singular incidente asombró á Bálamo; fué que el tocador dejó caer una mano sobre el teclado, causando una disonancia insoportable mientras que la otra ejecutaba un trozo de suma dificultad. Por vez primera entonces notó Bálamo que el hombre dotado de aquel portentoso de ejecucion era sordo. ¡Ah! Beethoven estaba herido con la pérdida de la facultad de oír,

la mas preciosa para él! Aquellos que aprecian el esplendor de su gigante genio; aquellos que opinen con un gran compositor contemporáneo que Beethoven empezó por donde concluyeron Hayden y Mozart; aquellos podrán hacerse cargo de la condicion para él terrible de estar privado del oído, de ser sordo, defecto que tanto contribuyó á amargar los últimos años de su existencia.

Y no podrán prescindir de recordar con gratitud los instantes de deleite que les proporcionó aquel gran genio, con su alegre coro de los prisioneros de *Fidelio*, con el sublime y admirable himno del *Aleluja* del *Monte de los Olivos*, con la pompa de la *Sinfonia Heróica*, y la hermosura apasionada del sentimiento de *Adelaida*. Pensarán tambien con reconocimiento en la aérea gracia de sus tandas de valsés; pero sobre todas recordarán la composicion música en *D*. Y trayendo á la memoria todas estas maravillas, sus corazones no podrán menos de condolerse profundamente de la sordera de Luis Van-Beethoven. Siendo desconocidas á Cagliostro todas esas circunstancias, concretábase solo á lo que veía y oía, que era lo suficiente para impresionar su imaginacion y conmover su corazon; experimentó gran pesar cuando las tinieblas le envolvieron y la misteriosa voz le habló por última vez insinuándose en su cerebro, en estos términos:

—Hé ahí, Bálamo, los placeres que pueden desvanecerse con la pérdida del oído! ¡Considera y tiembla al recuerdo de tus blasfemias! ¡De una vez reconoce la bondad del Omnipotente al otorgarte los cinco sentidos! ¡Aprende á estimarlos en mas que el rango, la riqueza, la dignidad, la fama y el poder; porque son mas preciosos que todo esto! Aprécíalos, repito, como á LOS CINCO MISTERIOSOS TALISMANES DE LA VIDA HUMANA: y persuádetete que, en el moderado uso y virtuoso empleo de los sentidos, puede lograrse la *felicidad* en la tierra!....

VIII.

CONCLUSION.

Mientras resonaban las últimas palabras en el cerebro de Bálamo, creyó sentirse suavemente arrebatado á los espacios atmosféricos; luego, despues quedóse inmóvil; pero circundado siempre por densas tinieblas. Entonces fué cuando todo lo que acababa de sucederle; todas las estrañas y conmovedoras circunstancias de que acababa de ser testigo, se agolparon á su memoria con vivos colores, llenando de pasmo su corazon. Su imaginacion respondió á su asombro. Revistió nuevamente en su pensamiento el vergel florido de Caprea; el fausto y ovaciones de Cesárea; las verdes laderas de Buckingham; el lujoso *salon* de París, el jardinito y el piano del pueblecito de Währing en Alemania. Sus reflexiones se volvieron cada vez mas coherentes, y el símbolo de su *vision* pareció desenvolverse con claridad ante sus ojos. Reasumiendo todas las verdades enunciadas por la misteriosa voz

de su invisible guía; así como los espectáculos que sucesivamente le fueron exhibidos, recapacitó interiormente el alquimista si sus originales convicciones, respecto de la humana condicion, no podrían ser en gran parte erróneas. Las cosas que acababa de presenciar le probaron, de un modo inconcuso, que los actos criminales ó los actos virtuosos, estribaban en el bueno ó malo de cualquiera de los *cinco sentidos*: que estos, eran los *cinco* resplandecientes, á la par que negros lunares de la naturaleza espiritual del hombre; la *facula* y la *macula*, por decirlo así, señaladas en el disco de su conciencia. Persuadido, pues, de que la depravacion, ó pureza de los mortales era meramente consecuencia y resultado de los distintos propósitos á que se dirigia el empleo de cada uno de sus cinco sentidos, vino en conocimiento de la íntima relacion existente entre el ser inmaterial y sus órganos físicos. Percibió que, muy especialmente dichos órganos, eran los conductos por donde esa porcion inmaterial de la humanidad se ponía en comunicacion con su existencia material; era obligada á sobrellevar sus miserias, y se encontraba capaz de poder apreciar sus goces. De todas estas consecuencias dedujo al fin que, *la dicha es aun en la tierra asequible* para todos aquellos que *empleen sus cinco sentidos con virtuoso discernimiento*. Cinco incidentes espantables y desgarradores le habian recordado los esquisitos goces derivables de las cosas creadas por conducto de los *ojos*, de la *nariz*, de los *oidos*, del *paladar* y del *tacto*. Habia presenciado además, las angustias de aquellos que sufrían dolencias de resultados de la depravacion de alguno de sus sentidos. Estos ejemplos le fueron palmarios en la crueldad de *Tiberio*; en los tormentos de *Agripa*; en la tristura de *Milton*; en el desconsuelo de *Mirabeau*; y hasta en las filosóficas tribulaciones de *Beethoven*. El emperador, el tetrarca, el poeta, el demagogo y el músico, se agolparon todos á su memoria, y apelaron á su criterio con el mismo melancólico discernimiento. A pesar de todo, las villanas predilecciones del alquimista prevalecian aun y enseñoreaban su entendimiento, sin embargo de hallarse convicto de la sabiduría de su *vision*. ¡Y una feroz contienda se trabó entre sus pasiones y su razon!...

De pronto sus ojos se abrieron á una esplendorosa mañana de otoño, y el sol iluminaba el boulevard de la Magdalena; Bálsamo se levantó á contemplar desde la ventana de su casita rústica las gotas de rocío matutino que sembraban de líquidas perlas el vergel, los laureles y las clemátidas: se diría que este rocío habia humedecido las mejillas del alquimista.... pero no.... ¡era que *lloraba* Cagliostro!....

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

FIN.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION).

III.

LA SALA DE FUMAR.

La estancia brillantemente iluminada en que se hallaba preparado el café para los convidados, era una verdadera maravilla de lujo refinado y de voluptuosa comodidad.

Las paredes estaban vestidas de tela de seda carmesí con lijeros dibujos de un carmesí mas subido, armonizando perfectamente con la alfombra, que era de los mismos colores y de un grueso tejido.

Sobre la tapicería habia una preciosa estantería de palo santo cerrada con cristales, y colocados simétricamente, en las diversas separaciones de que constaba, se veían, en grandes bandejas de plata mate, todas las clases de tabaco conocidas, desde el perfumado habano hasta los gruesos tronchos de hoja negra.

Las bandejas tenían en el centro las armas del conde en plata abrigantada.

El espacio que quedaba desde la estantería hasta el techo de la habitacion estaba lleno de armas de todas clases, de todas formas y de todas naciones.

En el centro y en una mesa redonda y cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban bordadas con seda las armas del conde, se veía un candelabro de filigrana de oro cargado de bugías, y en algunas bandejas de oro tambien y de diminuto tamaño, habia mechas de papel perfumado.

Una sola ventana habia en el aposento, y el lienzo de pared en que se abria estaba ocupado por una inmensa cantidad de pipas de diferentes clases y tamaños.

En la gran mesa del centro estaba dispuesto el servicio del café, de plata mate: el aromado Moka hervia en magníficas cafeteras de plata, en cuyo centro serpenteaban las azuladas llamas del espíritu de vino.

Cuatro lacayitos con libreas galoneadas y rizados cabellos estaban en pié esperando á los convidados para servir el café.

No bien estos ocuparon sus asientos empezó á humear el líquido en las tazas, y prepararon las pipas para los que las pidieron con preferencia á los habanos.

En seguida uno de aquellos cuatro diminutos servidores encendió el candelabro con una agilidad extraordinaria y se retiró discretamente con sus compañeros hacia la ventana.

—Sois, en verdad, bien dichoso, conde; dijo el jo-

vial coronel dirigiéndose al dueño de la casa: teneis una casa *confortable*, una bella figura y podeis hacer la vida que corresponde á vuestra clase lo cual nunca me ha permitido mi carrera militar.

—Pues todavía no conoceis, señores, hasta qué extremo es feliz el conde; dijo uno de los pintores; aun no sabeis que su esposa es un ángel de hermosura y de virtud, y que es padre de dos hermosísimas criaturas.

—No sois sincero ahora, querido, repuso el conde con aquella gracia vivaz que le era tan natural: vos sois enemigo encarnizado del matrimonio.

—Y por qué lo es, amigo mio? exclamó el coronel: por lo que yo lo soy tambien; porque solo he visto, esceptuando el vuestro, matrimonios infelices, casi siempre por la mala educacion, ó por la falta de tacto y de sensibilidad de las mujeres: porque conozco muchos pobres maridos, que en vez de hallar en su casa un puerto de paz hallan en ella el teatro de una espantosa guerra: porque las mujeres, en mi concepto, son el azote, el verdugo del hombre!

—Es posible, caballero, que habéis así! exclamó con indignacion el noble y entusiasta príncipe de Cellemare.

—Y por qué ná, caballero? Aquí no hay ninguna mujer que nos oiga y puedo decir lo que siento sin faltar á las leyes de la galantería.

—Mas el que de ese modo habla de las mujeres, se espone á que crea quien le escucha que jamás ha sabido hacerse amar de ellas.

—Vuestra opinion, príncipe, en esta ocasion, es la de un hombre digno y sensato, dijo el conde: los que, como vos, han visto hoy por primera vez á Eduardo, creerán que es muy poco afortunado con las mujeres y que sus ideas son el resultado de un mezquino espíritu de venganza: y sin embargo, yo que le conozco desde hace algun tiempo, sé aun sin haberle tratado con grande intimidad, que su carácter es tan noble como caballero é incapaz de denigrar á la parte mas bella del género humano y que esta hermosa mitad de nosotros mismos le ha tratado siempre con sobrada indulgencia.

—Tengo un placer en creerlos, conde, dijo Cellemare, y vuestra opinion con respecto á este caballero me hace mucho bien: lo confieso, señores, prosiguió el príncipe alzando la frente con dulce altivez: á pesar de mis veinte y seis años conservo todas las ilusiones de mis diez y siete abuelos.

—Feliz vos! murmuró suspirando el coronel.

—¿Por qué decís eso? exclamó el conde con calor: ¿á qué viene el manifestaros cruel y positivista cuando no lo sois? ¿No os ha sonreído siempre la fortuna? Vuestra sensibilidad está intacta y por decirlo así, conserva aun toda su frescura, puesto que habéis sufrido muy poco: quizá jamás habéis amado y lo que juzgais hastío del corazón es que el corazón no ha despertado todavía.

—Mucho tarda, pues, en hacerlo porque tengo ya veinte y ocho años!

—Y quien os ha dicho, continuó el Conde, que el corazón tiene una época fija para despertar? hombres conozco, cuyo corazón está ya helado por la nie-

ve de los años, cuyo corazón no ha llegado á sentir! Muchos hay que se hacen la ilusion de amar, porque lo desean así, y no aman porque se obstinan en creerlo... y no falta quien baja al sepulcro sin haber conocido el primer amor, aunque muera agobiado de vejez, y por mas que haya consumido tres partes de su vida en aventuras licenciosas y en frívolos galanteos!

—Pero entonces, señores, ¿cómo puede conocerse el amor? cómo se distingue de la apariencia la realidad de su existencia?

—Qué habéis sentido cuando habéis creído estar enamorado?

—Un extremo desasosiego y un constante mal-estar.

—Siempre?

—Siempre, sí.

—Nunca habéis amado, pues! exclamó el príncipe con su entusiasmo habitual.

—Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello: el verdadero amor no hace sufrir! Derrama, por el contrario, una dulce y completa tranquilidad en el alma y hace ver la existencia de un modo que no se había visto antes de sentirlo: el mundo se ensancha á nuestros ojos y toda la naturaleza se embellece!

—Bien se conoce, caballero, que sois de un país donde todo es poesía, dijo el joven abogado que desde la cuestion matrimonial había guardado un obstinado silencio.

—Yo llevo la poesía en el alma, amigo mio, repuso Cellemare; y luego, clavando la profunda mirada de sus brillantes y hermosos ojos en Fernando, añadió:

—Y vos tambien; vos, por mas que intentéis negarlo, lleváis en vuestra alma la bellísima y encantadora flor que llaman poesía y cuyo aroma embalsama la senda de la vida.

—Estais equivocado, príncipe, dijo riendo el conde: el pobre Fernando halla el mundo muy amargo.

A pesar de la irónica sonrisa con que el conde acompañó estas palabras, el príncipe de Cellemare miró á Fernando con marcado interés y con cierta tristeza que difundió por todo su semblante como una nube de profundo y tiernísimo sentimiento.

—Desgraciado! murmuró en voz baja: ¿será posible que á su edad halle ya amarga la vida?

—Yo os proclamo, príncipe, por el hombre mas feliz de la tierra! gritó el coronel usando ya aquella familiaridad que es inevitable entre dos personas de relevantes cualidades desde la primera vez que se ven: sí, añadió: os creo aun mas feliz que el conde, porque teneis todas las ilusiones de un niño y toda la libertad de un hombre, en tanto que él está asediado por los cuidados de la familia.

—Feliz el que tiene esos dulces cuidados! dijo el príncipe: felices los que tienen esposa é hijos! Yo, desde que perdí á mi madre, estoy siempre triste y me veo solo en la tierra!

—Por qué no os casais? preguntó uno de los pintores: vuestro carácter me parece formado únicamente para las dulces afecciones de la familia.

—Teneis razon, caballero, contestó el príncipe;

pero ha solo un año que perdí á mi madre y he estado diez meses encerrado en mi palacio de Verona, ocupado únicamente en llorar tan irreparable pérdida: dos hace que viajo anhelando distraerme de un dolor que habia llegado á alterar profundamente mi salud: durante la vida de aquella santa mujer su cuidado me rodeaba de tanta ternura que mi corazón estaba satisfecho y nada mas pedia á Dios sino que me la conservase.

—Mas, vos debéis conocer el amor cuando tan divinamente le pintais, dijo el diplomático.

—No he hecho mas que adivinarle, repuso el príncipe, porque las almas buenas le adivinan aunque estén rodeadas de otros afectos mas tranquilos; pero desde que me falta la ternura de mi madre, lo ansío.

—Luego, será posible que elijais esposa en nuestro suelo? preguntó el conde sonriendo.

—Y por qué no? contestó el príncipe: las verdaderas mujeres solo se hallan en vuestra hermosa España; en Francia, en Inglaterra, en Alemania son mas instruidas, pero la educacion que reciben tiene algo de masculino: en España las mujeres son todas corazón y su única ciencia se cifra en saber ser buenas esposas y buenas madres.

—En qué consiste, pues, repuso el coronel, que yo solo he encontrado esposas infieles ó hijas desobedientes á sus padres y esto por el menor de mis caprichos? Yo, príncipe, únicamente hallo amor en la mujer; pero nunca he encontrado en ella ni la prudente reserva que es el aliciente y el sosten del amor, ni la suave modestia que le mantiene dulce y puro como el alabastro á los perfumes: he hallado en ellas mucha pasión, mucho abandono, mucha confianza en mi amor; pero tales torrentes de ternura embriagan el corazón durante algun tiempo y luego acaban por hastiarle: así, yo me he hastiado de todas las mujeres en muy breve tiempo y ni una sola he visto á la cual hubiera querido hacer dueña de mi mano y de mi corazón y deseado confiarle mi honra.

—Qué mujeres habeis tratado, pues? exclamó el conde cuyas mejillas se encendieron con una generosa indignacion.

—Yo, querido? De todas clases: desde la pobre bordadora que vá á los almacenes, acompañada de su madre, á devolver la labor que ha concluido durante el día, hasta la encopetada duquesa que sale en su carruaje, tendida como en su lecho y abrigada con perfumadas pieles de Astracán; y contad que, entre esos dos extremos, han figurado mujeres encantadoras de la clase media, de esa clase que tiene todos los delicados instintos de la elevada y todas las privaciones de la pobre, y cuyas mujeres suelen estar dotadas, por lo mismo, de tanta resignacion como nobleza y gracias.

—Yo os sostengo, pues, gritó el conde levantándose iracundo de la mesa, yo os sostengo que todas esas mujeres debían tener algun motivo escepcional para perder con vos esa dignidad innata en la mujer y, sobre todo en la mujer española! Yo os sostengo que vos, con tanta doblez como poca nobleza, habeis buscado desgraciadas, cuya educacion habia sido

muy fatal, mujeres maltratadas por sus padres ó por sus esposos, ó jóvenes hambrientas ó miserables!

—Conde!... exclamó el coronel levantándose tambien colérico y con los ojos brillantes.

—En todo caso es una desgracia para Eduardo el no haber hallado una sola mujer digna; dijo el diplomático anhelando calmar aquella cuestion que se hacia mas seria que la de los matrimonios.

—Si no estuviérais en mi casa, coronel, continuó el conde en cuyo pecho rugia una sorda cólera, si no os hallárais aquí y si no nos uniérais siete años una íntima y cordial amistad, os diria que es indigno de un hombre que lleva espada el hablar así de las mujeres!

—Dadlo por dicho, repuso el coronel.

—No tal, exclamó el conde sentándose otra vez y poniendo la mano sobre su pecho como si quisiera sofocar la ira que hervia en él: no os lo he dicho: lo que sí os digo es que las mujeres á quienes habeis hecho creer que las amábais os han amado por su parte con demasiada pasión, y que es lástima que la resistencia de alguna de ellas no os haya enseñado á respetar al sexo en general.

—Y yo os sostengo que en las mujeres no hay mas que dos extremos: una feroz virtud, arisca, áspera y grosera para conservar su posicion social si, siendo casada, tiene un marido muy rico, ó si es soltera, para encontrar un esposo mas rico que su padre; y un cínico abandono, una ternura empalagosa y monotonía en su estremosa igualdad; un olvido completo de toda dignidad y de todos los deberes.

—¿Quién de vosotros, señores, es de la opinion del coronel? preguntó el príncipe de Cellemare dirigiéndose á los convidados: ¿Quién duda de la virtud de la mujer, de su modestia y de la nobleza de su corazón?

—Yo, dijo el marqués de la Oliva.

—Y yo mas que nadie, añadió Fernando.

—Sois tres fiscales contra seis defensores, dijo el príncipe con una sonrisa dulce y melancólica á la par, y es causa ganada: no obstante, y para llevarme yo solo la gloria del vencimiento, quiero hablaros algo de mi madre, lo cual creo que bastará para convenceros.

—Por mi parte, deseo mucho convencerme de que la mujer es buena, dijo el joven abogado con aquella gravedad severa que le era tan habitual y que formaba tan singular contraste con la delicadeza de sus facciones.

—Yo estoy cierto de que todos vuestros razonamientos no alcanzan á variar la opinion que tengo acerca de la mujer, observó el coronel.

—Eso será que vuestra opinion os es provechosa y quereis conservarla, dijo el conde.

—No lo niego, repuso aquel: ella me exige de muchas atenciones con el sexo bello y, sobre todo, me libra de hacer ningun sacrificio.

—Lo mismo digo; añadió el marqués.

—Teneis madre? preguntó el príncipe dirigiéndose á este.

—Murió al darme á luz.

—Entonces os disculpo, pobre joven, porque lo mismo que el coronel habeis carecido del afecto mas

puro y santo de la vida, de ese afecto que forma el corazon y le hace sensible.

Yo sí la he tenido hasta hace un año, continuó el príncipe: perdí á mi padre á los seis años de mi edad y durante los otros veinte que cuento de existencia, mi madre ha sido la que ha rodeado mi vida de la solicitud mas tierna.

Aquella santa mujer empezó á hácerme respetar la virtud y la debilidad de la mujer, hablándome continuamente de la Virgen, ese dulce amor de los italianos: bien pronto me apasioné yo de una hermosa Madonna, colocada en una galería de mi casa y á sus pies pasaba orando con mi madre la última hora del día: luego colocaba yo en un jarrón de alabastro que habia á sus pies, un fresco ramo de rosas, encendia mi madre una lámpara de plata y nos íbamos ella llorosa y enternecida y yo pensativo y silencioso.

Era que todas las tardes oia á mi madre orar á los pies de la Madonna por el eterno descanso del alma de su esposo, recomendándola á aquella imagen, llena de una belleza celestial, y mi tierna inteligencia empezaba á comprender cuanto de dulce, benéfico y amoroso hay en ese débil ser que llamamos mujer.

Mi madre no quiso colocar entre ella y yo á una aya que la descansase en las tareas de mi educacion; dotada de una instruccion variada y profunda, ella me enseñó á leer, á escribir, á dibujar, la música, la historia, la geografía, el español, el francés y el inglés: para las demás materias que se me enseñaban iban á casa los maestros y daba las lecciones á la vista y bajo la inspeccion de mi madre.

Ella me enseñó todas las fórmulas de la oracion que usa la iglesia católica y muchas otras que su corazon sensible y poético sabia inventar.

Ella era la compañera de todos mis juegos y diversiones: solo tenia treinta y seis años cuando yo contaba veinte y era para mí la madre mas tierna y previsor y la mas indulgente y cariñosa hermana.

Cuando alguna leve dolencia me obligaba á acostarme temprano mi madre colocaba delante de mi lecho su veladorcito de sándalo y nácar, ponía sobre él una lámpara de alabastro y tomando un libro leía con voz dulce y reposada para distraerme.

No puedo espresaros el encanto que adquirian en su boca los versos de nuestros mejores poetas. El Dante y el Ariosto, leídos por mi madre, me han hecho pasar las horas mas dulces y bellas que puede soñar la humana fantasía.

A las doce, dejaba el libro, cruzaba las manos y me decia:

—Rezemos, hijo mio, por el eterno descanso de tu padre, por los pobres náufragos, por los hijos sin padre y por todos los que sufren.

Nada he visto despues mas hermoso que el cuadro que ofrecia la princesa mi madre, de rodillas, vestida con su larga bata de muselina blanca y rezando lenta y suavemente con su voz dulce y sonora como el canto de una alondra: caian sus largos cabellos negros reunidos en dos hermosas trenzas por su espalda, y su semblante radiaba una luz celestial.

Luego me abrazaba y se retiraba á su habitacion.

De este modo pasé yo hasta los veinte años, sin deseos culpables, sin ambicion y sin pasiones; sin embargo, yo vivia en el mundo de la inteligencia, pensaba, sentia, era feliz y derramaba en torno mio innumerables beneficios.

Mi primer amor á esta edad le obtuvo una de esas mujeres que son el oprobio de su sexo, y que, si no encadenó mi corazon, dominó al menos mis sentidos de un modo absoluto: aquella pasion grosera y material, tuvo, no obstante, gran influencia en mi método de vida: jugué mucho y perdí enormemente: los banquetes, las orgías, las fiestas ocupaban todo mi tiempo, y durante tres años bajé rápidamente hasta lo último de esa pendiente espantosa, sima de tantos jóvenes, abismo de tantas esperanzas.

Mi madre no empleó conmigo ninguno de los medios que regularmente se usan en casos análogos: no me dirigió amargas reconvenciones, ni reprensiones duras: calló, pero se hizo mas piadosa y mas retirada: cuando yo volvía al amanecer de mis escandalosas cenas y de mis prolongadas orgías, la hallaba en el salon bordando ó leyendo á la luz de su lámpara.

—¿Por qué no te has acostado, madre mia? la decia abrazándola.

—¿Podría yo dormirme sin besar tu frente, Honorio? me contestaba.

—Ah! madre mia! cuán culpable soy en abandonar tu lado! la decia yo dominado por el remordimiento.

—Tú te encuentras mejor, sin duda entre tus amigos que conmigo, contestaba abrazándome de nuevo; y sin darme tiempo para contestarla añadía:

Vete á descansar, hijo mio: la felicidad de tu madre depende de que la ames siempre; mas su ternura no te faltará jamás aunque la niegues tu amor.

Yo me separaba de ella acusándome de ingrato y jurando separarme de la fatal mujer que así me hacia faltar á todos mis deberes; mas al dia siguiente volvía á encontrar á mis compañeros de desorden y todas mis buenas resoluciones venian á tierra.

De súbito cayó mi madre enferma: la melancolía de su soledad, sus largas noches de vela esperándome y el pesar de ver mi conducta, minaron su salud, ya muy delicada, y se apoderó de ella una fiebre lenta y peligrosa.

Yo me situé á la cabecera de su lecho, que no abandoné hasta que el riesgo cesó por completo: mas al volver á buscar á la mujer á quien amaba, hallé que me habia sido infiel por un hombre que me era muy inferior.

Desde entonces volví á consagrarme á la princesa, pero en mi corazon no quedó amargura, sino una profunda tristeza: no habia conocido el verdadero amor, porque aquella mujer me dominaba sin que yo la estimase y sin que ella me profesase tampoco el afecto mas leve.

Así pues, comprendí que habia en el mundo mujeres muy despreciables; pero tenia muy arraigada en mi alma la conciencia de la virtud de mi madre,

de su nobleza, de su dulzura y de su valor, para dejar de venerar en ella á todas las mujeres que se la pareciesen.

Tres años hacia que habia vuelto á su amor, cuando la perdió: su muerte no fué violenta: durmióse en su lecho, jóven aun, hermosa, sublime y dulce como siempre: sus grandes ojos negros quedaron entreabiertos y velados entre las rizadas franjas de sus pestañas: cruzaron sus manos de alabastro sobre su seno y la formaron un almohadon con sus bellísimas trenzas de ébano.

Luego la acostaron en el panteon de su familia y en el mismo sepulcro de mármol blanco en que descansaba mi padre, quedando encerrados con ella todos los restos de la alegría de mi juventud.

IV.

CLOTILDE.

Calló el príncipe y ninguno de los bulliciosos y despreocupados jóvenes que le rodeaban, se atrevió á añadir una sola palabra á las últimas de su historia: tal poder tiene el sentimiento que, en algunos instantes, se trasmite á las almas mas frías.

Las fisonomías de Fernando de Silva y del marqués de la Oliva permanecieron durante toda la narracion del príncipe impasibles ó burlonas, mas al llegar á la última parte de ella, la de Fernando se transformó un tanto, perdiendo algo de su tension los músculos de su semblante.

Es verdad que aquella historia habia sido contada con tanto sentimiento y elocuencia que no hubiera podido dejar de conmover al corazon mas duro: por eso los rostros de todos los convidados espresaban una conmocion profunda ó un tierno interés.

Uno solo habia conservado su sonrisa amable y la alegre espresion de su semblante, sin que su corazon se alterase en lo mas mínimo: este era el marqués de la Oliva, cuya alma, helada y egoista, no podia conmoverse por nada, puesto que, lejos de recibir sensaciones, se embotaban en ella como en una plancha de mármol.

—A la verdad, caballero, la pintura que me habeis hecho de vuestra santa y hermosa madre, me ha conmovido profundamente; dijo el coronel rompiendo el primero el silencio y presentando su mano al príncipe que la estrechó cordialmente entre las suyas: si yo hallase una mujer parecida á la princesa de Cellemare os aseguro que me casaria al instante.

—Yo tambien me casaré el dia en que encuentre una mujer parecida á mi buena madre, dijo el príncipe llevando á sus ojos su pañuelo de azulada batista para enjugar una lágrima, que no se habia ruborizado de dejar asomar á sus hermosas pupilas. Sí! continuó con fuego: sea noble ó plebeya, rica ó pobre, yo haré mi esposa á la mujer que posea las adorables cualidades de aquella santa: oh! si supiérais, señores, con cuanto orgullo se recuerda siempre á una madre como la mia, y cuanto se sufre con la memoria de los dolores que se le han hecho padecer! El que ha debido el ser á una de esas mujeres-ángeles, honra y ama á la mujeres en ge-

neral; mas, para partir su destino, no puede contentarse con medianías: ama un ideal y si no encuentra su realizacion en la tierra vive solitario y muere jóven y devorado de tristeza.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL
POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

III.

SOLEDAZ.

"La esperanza es el sueño de los tristes,
Su ilusion los aduerme; pero luego
Despiertan á los males, y cual sombras
Las esperanzas huyen ligeras,
Y las mas dulces huyen las primeras."

"Arriaza."

La habitacion en que se hallaba Carlota despues de la catástrofe, era un cuarto oscuro, cuyas negras y desnudas paredes tenian todo el aspecto de una triste prision. En uno de sus angulos habia un estrecho ventanillo, cuyo hueco cubierto por las enredaderas, dejaba entrar un débil y mezquino rayo de luz, que en vez de alegrar ó iluminar la habitacion, se asemejaba en todo á una ironía amarga, como la del que ofrece al hambriento un glóbulo homeopático: la diferencia consistia en que Carlota no estaba hambrienta de nada, porque era tal su anonadamiento, que ni siquiera habia abierto los ojos, permaneciendo de rodillas y con las manos cruzadas desde que se vió completamente sola.

Aun despues de permanecer por algun tiempo en aquella oscuridad, era muy difícil distinguir los objetos, pero para el que abria los ojos por primera vez en aquella especie de calabozo, era tam imposible ver como al que estuviera completamente ciego. La puerta estaba cerrada, cortando así el paso como á la escasa claridad que penetraba en el pasadizo.

Carlota abrió por fin los ojos para asegurarse de que nadie la oia, pero nada vió, mas que la nube de humo que penetraba por las junturas de las tablas y empezó á proferir lamentos y plegarias, porque quejarse en alta voz es, cuando el corazon está lleno, uno de los mayores consuelos para los desgraciados.

Parécenos que el destino nos oye, que nos com-padece, y que tal vez sensible á nuestro lloro, nos

evitará para en adelante golpes como el que acaba de herirnos.

Pobres mortales!

—Sola! exclamó con el acento de la mas honda amargura. Sola! jóven! muerta.... Sí! muerta para el mundo, para la felicidad! Muerta para el amor! Sola....! sin esperanza!

Y cayó sentada en el suelo como si le faltasen las rodillas, cubriendo el rostro con ambas manos.

Oyóse entonces un sonido imperceptible, casi como el de un suspiro ahogado.

Carlota separó sus manos y miró con recelo á todas partes..... Nada!

—Oh! Dios mio! prosiguió con espanto; ¿es esto todo lo que me estaba reservado en el mundo? Ah! ¿por qué me le habeis quitado? Era mi compañero en mi amarga peregrinacion.... su muerte abre para mí una tumba horrible!

Otro suspiro mas fuerte que el primero resonó á espaldas de Carlota, que volvió apresuradamente la cabeza temblando de terror.

Creia distinguir en uno de los ángulos mas oscuros el perfil de un hombre inmóvil como una sombra.

—¿Si será la sombra de mi esposo? pensó para sí la pobre jóven y se puso á rezar con el mayor fervor.

Pero Carlota no podia ya soportar su miedo que subió de pronto al distinguir mas clara la figura que habia columbrado antes, y que á pesar de sus oraciones no habia cambiado de actitud.

--Oh! Satanás! Satanás! Déjame, exclamó, creyéndose en presencia de una vision maléfica y peligrosa.

Una mano trémula se apoyó entonces ligeramente sobre su hombro: Carlota arrojó un grito ahogado y al volver la cabeza con horror, vió á su lado un hermoso jóven, cuyas facciones marchitas y desencajadas, tenian sin embargo en aquel momento una espresion de singular dulzura.

Era el conde de Kiof.

Carlota anonadada por aquella singular é inesperada aparicion, no supo en el primer momento qué decir, ni qué pensar, pero reparando al fin en la alegría que manifestaban aquellas facciones, le tendió la mano derramando un torrente de lágrimas.

—Sola! murmuró Carlota, sola para siempre!

No sabia como empezar á deshojar una por una todas aquellas esperanzas en flor.

—Sentaos, respondió el conde haciéndole reparar en un banquillo miserable que habia en un rincon; sentaos, y calmaos por Dios, Carlota.

—Sola! volvió á repetir aquella con acento sombrío.

—Sola! es verdad; aun están calientes las cenizas de vuestro esposo, y debeis creeros sola en el mundo con vuestro Arturo.... pero el tiempo cicatriza las heridas.... Oh! no creais Carlota, que yo he deseado este trágico acontecimiento; los cielos son testigos de todo lo que yo hice para prolongar su vida.

El conde refirió entonces á Carlota todo lo que

habia trabajado en secreto para aliviar á Ricardo en su terrible enfermedad, todo lo que habia prometido á Steward si el enfermo recobraba su salud.

Cada palabra, cada rasgo generoso de los que el conde referia, clavaba en el corazon de Carlota un dardo de los que solo se arrancan, arrancando con ellos la parte herida.

Su alma se estremecía á la idea de que en aquel pobre caserío se encontraban los dos seres que encerraban en sí todo su pasado, todo su porvenir, y que ambos estaban muertos para ella.

Era sin duda una ingratitud hacer infeliz para siempre á aquel corazon noble y desinteresado, pero era preciso apagar aquel volcan oculto antes que tomase incremento y lo devorase todo con su ardiente y destructora lava.

Por muy costosos que le hubiesen parecido hasta entonces sus sacrificios, nunca sintió Carlota desquiciarse como ahora su ser, porque nunca como ahora se habia visto frente á frente de la felicidad para destruirla por sí misma de un solo golpe.

Así es que en su cerebro se operó una revolucion espantosa muy parecida al delirio, que sus lágrimas se secaron, sus labios sonrieron y se acercó al conde con un aire jovial, que no pudo menos de sorprenderle, por mas que la jóven viuda no tuviese testigos importunos de su repentina mudanza.

—¿Os admirais, no és verdad? le dijo, acercándose mas aun: ¿qué quereis que os diga?... Vos me creiais un ángel... y no soy mas que una mujer, conde.

Este la miraba atónito, dudando hasta de si estaba dormido ó despierto.

—Tal vez la muerte de mi desgraciado esposo haya despertado en vuestro corazon ese cariño que tanto os esforzásteis en hacerme comprender. Pues bien, yo libre ya, y dueña absoluta de mis acciones, me creo en el deber de deciros antes que os abandoneis á locas esperanzas, que este dia es el postre en que debeis contarme cerca de vos.

El conde nada respondió, porque nada comprendia, pero se puso pálido como un enfermo.

—Si, amigo mio! de hoy mas habrá entre los dos un abismo que nunca os será posible salvar. La mujer que amais tiene empeñada ya su palabra.

—Oh! mentira! mentira! eso sería un escándalo, un crimen, y vos no sois capaz de cometerle! Me engañais, Carlota, me engañais!

Y dirigia sus miradas hácia el sitio en que estaba colocado el cadáver de Ricardo.

—Os comprendo, respondió Carlota perdiendo de repente su tono jovial y derramando amargas lágrimas: Alma generosa! no habeis querido creerme capaz de semejante infamia.... Teneis razon, y sin embargo es verdad que nunca se enlazará mi mano mas que á la del esposo prometido.

—Por Dios, por Dios, explicaos...

—Conde! exclamó Carlota estrechando tiernamente una de sus manos, esta es nuestra última despedida... el esposo á quien voy á unirme muy pronto es...

No pudo acabar, y levantó su mano hácia el cielo para concluir su frase.

—Oh! horrible! horrible! exclamó el conde fuera de sí.

—Horrible, porque es la verdad... ¿conoceis en la tierra alguna que no lo sea? dijo Carlota con una espresion tan dolorosa, que arrancaba toda esperanza del corazón de su desdichado amante.

—¿Recordais, añadió Carlota con voz terrible, las palabras que os dije un día en el bosque de Arcelia?

—No lo sé, porque no sé yo mismo si estoy soñando.

—“Ningun Cronstad ha faltado á su palabra, y cuando se trata de cumplirla se olvidan de que tienen corazón.” Acabo de hacer á mi esposo moribundo ese terrible juramento, y desde entonces el mundo va desapareciendo ante mis ojos... no veo en él mas que una tumba abierta que me aguarda. Compadeceos de mí, que soy madre y dejo á mi hijo!

—Ese juramento es absurdo, señora! El Pontífice podrá con una sola palabra disipar vuestros escrúpulos... devolveros la libertad... porque como acabais de decir sois madre... Madre! Oh! vos no podeis dejar ese niño abandonado, porque es vuestra vida!

—Teneis razon! cuando proferí ese juramento terrible temblaba por mi hijo; ahora no tiemblo ya... Gracias... oh! gracias, amigo mio!

—No comprendo...

—A vos, á vos que tanto me amais, á vos entrego mi hijo. Sed su padre... Amadle, añadió con un acento tan apasionado que hizo vibrar todas las fibras de aquellos dos corazones; amadle como me amais á mí, y consolaos con la idea de que vuestro recuerdo irá conmigo hasta el sepulcro.

Carlota se dejó caer sobre el banquillo estenuada de fatiga.

El conde no pudo responder, la voz se anudaba en su garganta como si quisiese ahogarle; al fin brotó de sus ojos una lágrima devoradora, que se secó instantáneamente en su mejilla abrasada por la fiebre.

Pálido á pesar de su intensa calentura; loco, fuera de sí, se lanzó fuera de la habitacion y volvió en un segundo, trayendo en sus brazos á Arturo, linda copia de un gracioso querubín.

Carlota al verle lanzó un grito desgarrador como si sintiese destrozarse su alma, y exclamó luego dirigiendo hácia el conde sus hermosos ojos.

—No temais por mí... sufriré poco, porque soy muy débil y la tormenta me abatirá muy pronto... Ah! ¿Por qué Dios al darnos las penas no medirá las fuerzas con que contamos para soportarlas?

Y se detuvo porque le faltaba la voz, pero cubrió de besos la frente de Arturo que tambien lloraba.

Tuvo lugar entonces una escena solemne, que se comprende mejor que se describe.

El conde condujo á Arturo hácia el medio de la habitacion como si quisiera verle mejor; colocó su mano derecha sobre su cabeza ensortijada, y le estrechó contra su corazón exclamando:

—Hijo mio!

Luego salió cubriéndose los ojos con su pañuelo. Carlota creyó desfallecer... viéndose sola prorumpió en un llanto amargo y casi desesperado que hizo llorar tambien á Arturo, aunque no comprendia

JULIO.

todavía las penas y dolores de la madre que iba á perder.

Carlota enlazó otra vez sus brazos en derredor de aquel hijo de quien iba á separarse murmurando con amargura.

“Siempre hubo en mí un instinto de abnegacion y sacrificio, como si al nacer me hubiesen marcado para caer en holocausto en el altar de no sé qué poder desconocido sediento de mi sangre y de mi lloro. (1)

Al día siguiente dos carruages enlutados salieron del caserío para Roma; en el uno iba Carlota con su hijo, en el otro el cadáver de Ricardo, el que despues de unas suntuosas exequias, fué sepultado en la iglesia de religiosas Premostratenses, que Carlota habia elegido para su retiro, aunque no hubiese revelado su determinacion á persona alguna.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE MADRID.

Una nota.—Pequeño paréntesis.—La corte antes.—La corte ahora.—Fruta nueva.—Un cuentecillo.—Comparacion.—Episodio madrileño.—Suceso clásico.—Tres actos de un drama, un sainete y una comedia.—Apuntes para el drama.—Golpe magistral del sainete.—Entra lo bueno.—Emociones madrileñas.—Siete distintas y todas verdaderas.—El tiempo, la gente y los teatros.—Obregon.—Puertas cerradas.—Fragmentos de un idilio.—Tragedia completa.—Apuntes para la historia.—Fin del mes de Junio.

Fray Luis de Leon, habia sido arrebatado de entre sus discípulos en Salamanca para ser condenado por la Inquisicion.

Diez años estuvo preso.

Un día, sin embargo, la puerta de su antigua aula se abrió.

Los escolares se miraron asombrados.

Era Fray Luis que entraba.

Despues de tomar asiento, dijo con la mayor tranquilidad volviéndose á sus discípulos:

—CON QUE DECIAMOS AYER....

Y habian pasado diez años!

En este momento me ocurre plagiar la frase:

—OS DECIA HACE SEIS MESES....

Vaya un silencio! nadie responde! he quedado lucido.

En cierta ocasion de fiestas reales, una mujer del pueblo entró gratis en el teatro de la zarzuela.

Lo primero que apareció fué un coro, el cual, como es de suponer, se puso á cantar.

—Miren los bribones! grita al punto la mujer; porque somos pobres y no hemos pagado entrada, cantan todos á la vez para despachar cuanto antes.

Idéntico que me sucede con vosotras, si bien aquí

(1) J. Sand.

49

es el silencio, con el fin de que concluya mas pronto.

Pero no sucederá así: hace mucho tiempo que no nos hablamos, ni vemos, ni escribimos, y justo es que hoy lo haga, ya que tan bella y oportunísima ocasión se me presenta para ello.

Dicho lo cual, revistemos la corte.

Esta no ha variado absolutamente un ápice de como yo la dejé.

Las mismas calles, las mismas casas, el mismo cielo y las mismas mujeres.

Santo Dios, y cuánta fea hay!

Es que pasa de castaño oscuro.

¿No os ha sucedido alguna vez estar paseando en una tarde fresca, apacible y serena, y de pronto alzarse un torbellino, pasaros por encima y dejaros el traje completamente lleno de basura?

¡Sí!

Pues hé aquí á Madrid en ciertas épocas del año.

Una tromba de mujeres aparece repentinamente en escena y.... zas! como aquel individuo que encerrándose en su casa durante una epidemia hizo poner en la puerta este letrero:

"El programa de esta casa es no saber lo que pasa."

así nosotros, al ver tal nube de amazonas, y tan feas! podíamos aplicarles el cuento, sustituyendo sin embargo el último renglon por este otro:

"Es vivir siempre de guasa."

Y es que aquí no hay formalidad para nada.

Miren ustedes que es capricho salir con una cara fea á la calle!

Y una mujer!

Vamos, lo que es esto, es tener bien poca pizca de vergüenza.

Y cuántas no la tienen!

Cuidado, señoras, con las carices que en Madrid se presentan hace seis meses!

Y qué carices!

Sobre todo las narices.

Me voy figurando que el agua de Lozoya va teniendo la milagrosa habilidad de engrosar el órgano nasal á las señoras mujeres.

Antes de llegar á una esquina, acontece ver aparecer tras ella una cosa larga, redonda y apelmazada, como un pepino aragonés.

Cielos! qué es lo que asoma por esa esquina? exclamais; veamos.

Y al tender la mano, la cabeza de una mujer os para la acción.

Era su nariz!

En Madrid todo ha de ser descomunal: hasta la falta de sentido comun.

Esta es, pues, la única novedad notable que he notado fuera, es decir, en las calles de la coronada villa.

En cuanto á lo de dentro, la cosa toma ya otro rumbo.

Estos dos meses lo han sido de emociones: otros no lo son ni siquiera de tonterías.

Todo está compensado en el mundo.

Segun cuenta Cervantes, habia en Sevilla un lo-

co que dió en la manía de aplastar con un peñasco á todos cuantos perros hallaba, diciendo: "este es podenco." Pero un dia el amo de uno de estos canes descargó tal paliza sobre las costillas del loco, que este, al ver un perro cualquiera por la calle, enarbolaba la piedra, apuntaba al perro, y al punto de ir á descargársela, se detenía, vacilaba, y bajando el airado brazo, continuaba su camino murmurando: "este no es podenco, este no es podenco."

Hé aquí á los habitantes de Madrid.

Acontece cualquier suceso.

Pues que ustedes se diviertan: en seis, ocho, veinte dias, ó meses; que de todo son capaces, ni en teatros, cafés, plazas, calles, casas, plazuelas, tiendas, ni templos, vuelve á hablarse de otra cosa, ni á mentar otra idea, ni á sostener otra frase, que aquella que explique, espere ó divulgue el suceso tal cual nunca lo soñó el primero que lo oyó sonar en sus oídos.

Ejemplo.

Están tocando á fuego.

Dónde es? en qué calle? en qué casa?

Ya el toque se repite de templo en templo; de convento en convento, de parroquia en parroquia.

Zapel! ahí van las bombas desempedrando las calles, como si en vez de agua llevasen dentro algun espíritu infernal.

Una partida de municipales á caballo aparece tambien y se pierde como una exhalacion.

Cien aguadores parten de la fuente con sus cubas al hombro hácia el sitio de la catástrofe.

Algunos soldados á paso de carga y arma á discrecion les preceden á corta distancia.

Esto es hecho: Madrid vá á reducirse á cenizas como Sodoma y Gomorra.

—Eh! aguador, ¿dónde es el fuego?

—En la calle de Leganitos.

—¿Y es grande?

—Allá, el tejado un poco, y el portal utru poco.

—¿Me hace V. el favor, caballero, de decirme dónde ha dicho el aguador que es el fuego?

—Sí, señor, en la calle de Leganitos. Parece se ha prendido fuego á la tienda, la cual ha ardido ya en parte. Y nuestro hombre se vá despues de dar las gracias al que le ha dado la noticia.

A poco encuentra una señora.

—V. que todo lo sabe ¿dónde es el fuego?

—En la calle de Leganitos, señora: empezó en la portería y propagándose á la tienda inmediata la ha reducido á carbon.

—Jesus! qué desgracia.

Y la señora se para á poco delante de un cesante de rentas estancadas.

—¿Cómo vá, amigo mio, cómo vá?

—Estancado, señora, estancado. Quién tuviera al menos la dicha de ser tabaco vizecaino!

—Para qué?

—Donosa pregunta! para tener salida.

—Es verdad allí no se estanca nada, pero se arrinconan. Y á dónde por aquí? al fuego, quizá?

—No señora, ignoro dónde es.

—En la calle de Leganitos. Empezó por la tienda y penetrando en el primer piso lo ha devora-

do todo entero, habiendo hecho probablemente lo mismo con el segundo.

El cesante se despide, hallándose á poco con un exclaustrado.

—¿Dónde es el fuego? pregunta este último al primero con una ansiedad visible.

—Hombre! de dónde diablos sale V.? le responde el cesante estancado, con aire de proteccion. Pues si á esta hora toda la casa número tantos de la calle de Leganitos está mas abrasada!....

—Hombre ¿qué me cuenta V.?

Y el exclaustrado corre á su casa donde á sus gritos se presenta el ama.

—Paula, corriendo, vaya V. corriendo á la calle de Leganitos á ver como está mi hermana, pues segun me han dicho es tan intenso el fuego que á estas horas es probable esté ardiendo toda la calle entera.

—Ave María purísima! el Señor nos libre de mal. Pobrecito de nosotros si Madrid arde! Si este condenado Madrid no puede hacer cosa buena! Qué vá á ser de nosotros! ya no hay remedio! el mundo se vá á concluir!...

—Vecina, eh! vecina. ¿Dónde bueno tan descompuesta y llorosa?

—Ay, señora Bríjida! ¿y se está V. con esa calma?...

—Misté que Dios! pues qué ¿quiere acaso que me entierre viva?

—Ese lenguaje.... ah! ¿luego V. ignora lo que pasa?

—Vamos, hable V., porque ya rabio por saber lo que acontece á estos arrastraos hombres.... que Dios libre de mal.

—Amen. Pues sepa V. que está ardiendo todo Madrid.

—Qué?

—Lo que V. oye. Y si no me cree, ahí están las campanas que se lo dirán mejor.

—Calle ¿pues es verdá? remejor; así nos....

—Jesus! no diga V. blasfemias. Cochero.... cochero.... pronto.... á la calle de Leganitos; pero no por las calles.

—Señora: este coche nu anda pur lus tejadus.

—Hombre! queria decir por las calles donde no hay fuego.

—Ah!...

Y el caballo parte á un trote gorrinero.

Es todo lo que en el género puede conseguirse con un coche de plaza en Madrid.

El ama llega á la calle de Leganitos: se apea en una puerta: sube al tercer piso: llama, le abren, penetra y se echa en los brazos de la hermana del cura.

—Ah! bendito sea Dios que te hallo buena!

—Pero qué sucede?

—El fuego: han dicho que todo Madrid ardia.

—Pues mire V. á esa casa de enfrente.

—Ya miro.

—Esa ha sido la quemada.

—Muchacha!

—El olin de la chimenea se encendió con el

aire: salieron llamas: se subió al tejado: cegaron la chimenea y laus tibi Christi.

—Bah! qué cosas se dicen en Madrid! Es mucho Madrid este.

Y es cierto queridas lectoras que es mucho Madrid este.

Todas las historias, sucesos, anécdotas y aventuras son de este jaez y por este mismo estilo.

Dice uno que se ha quemado la puerta de una casa: pues cuando la noticia ha corrido quince ó veinte bocas, ya Madrid está siendo una tea encendida.

Por eso, pobre mujer la que cae por cuenta de esta gente! Lo que es vestida podrá salir; pero con honra lo dudo mucho.

—Hace, pues, algun tiempo que las emociones se suceden aquí sin interrupcion.

La acusacion de Collantes, ministro que fué de Fomento el año 54; la cuestion de los sombreros: dos causas de asesinato y la guerra de Italia. Lo cual, como veis, es un programa completo.

Se levanta el telon.

El teatro representa un espacioso salon en semicírculo, rodeado de graderías cubiertas de escaños forrados de terciopelo carmesí.

No hay mas que un piso.

Este está rodeado de palcos ó sea de tribunas.

En la última grada del salon precisamente en el centro y dando el frente á la presidencia, una mesa de figura elíptica cubierta con un gran paño de terciopelo carmesí sobre el que se vé una escribanía de plata, fija la atencion de todos los circunstantes que son cuantos pueden caber medio prensados en tribunas, escaños y rincones.

El silencio es sepulcral.

A poco un hombre jóven, vestido de rigoroso negro, con el sombrero en la mano derecha y un legajo de papeles bajo el brazo izquierdo, atraviesa con paso firme, si bien algo precipitado, el terreno que debe conducirle al lugar que ocupa la mesa.

Este hombre es un acusado.

Este acusado ha sido ministro.

Este ministro se llama D. Agustin Estéban Collantes.

Vá á defenderse ante los diputados de la Nacion del crimen de robo y estafa de que se le acusa.

No puede pedirse espectáculo mas sorprendente, solemne y casi desgarrador.

Sí, desgarrador: pues estoy seguro que al oír á aquel hombre tan lleno de juventud y vida, gritar con una voz atronadora, los brazos extendidos, vaga la mirada, convulsivo el pecho.... ¡Soy inocente, soy inocente! y lo mismo que lo hago desde este sitio, gritaré desde las gradas del patíbulo ¡soy inocente! soy inocente!... Las lágrimas se os hubieran saltado de los ojos, como á muchos de los circunstantes que presenciaban esta escena. Sin embargo, este hombre fué conducido aquella misma noche á una prision, de donde despues de cuatro meses de amarguras y sinsabores ha sido puesto en libertad hace breves dias, reproduciéndose en la pri-

sion uno de esos actos que solo viéndolos es como se pueden comprender.

Eran las seis de la tarde y el Senado, constituido en sesion secreta, deliberaba sobre la inocencia ó culpabilidad del acusado.

En tanto las prisiones militares presentaban otro aspecto bien distinto.

Las dos habitaciones ocupadas por el Sr. Collantes, reboaban de gente de alta categoría toda.

Un silencio sepulcral reinaba sin embargo; y hubiéraseles tenido por momias petrificadas de algun sepulcro egipcio, si unos ayes mal comprimidos, no hubiesen indicado el padecimiento moral ó físico de alguna persona desgraciada.

Y la habia en efecto.

Esta era la jóven esposa del presunto reo.

Así pasaron algunos momentos en que la ansiedad y la pena acrecían de una manera lamentable.

Entonces se oyó rodar un coche: todos se lanzaron á las ventanas.

Traian la noticia del fallo del Senado.

Un momento de agonía como este, es para embotar el sentimiento mas enérgico del hombre.

Poco duró, sin embargo, la ansiedad.

El mensajero salvó las escaleras que lo separaba de todos los que en ella le esperaban, pronunciando la palabra... *absolucion!*

Poneos en el caso de la esposa del acusado y decid lo que hubiérais hecho.

Sin embargo, aun faltaba una pequeña pena por que pasar.

El niño del Sr. Estéban Collantes, á quien habian tenido separado sus padres por via de precaucion, penetra entonces en la sala; y apenas ve á su madre anegada en lágrimas y sollozando á su padre al estrechar en sus brazos á cuantos se le acercan, cuando creyendo que aquello indicaba la despedida de su padre por haber sido condenado, prorrumpe en unos ayes, en unos gritos tan congojosos y lastimeros, que acometido de una convulsion hubo trabajos para poderle volverle en sí, y convencerlo de la absolucion de su padre.

Ved, pues, un drama representado en cuatro ó cinco meses, y en los cuales Madrid entero no se ha ocupado de otra cosa, como mañana se ocupará otro tanto tiempo de lo temprano que aparecen las golondrinas, ó de si tenia el rey Wamba la nariz chata, roma ó acaballada.

En cuanto á la cuestion de los sombreros, renuncio hablarlos.

Hace tiempo que no entro en una fonda por temor de ver servirme un plato de *sombrero á la pappillot*, en vez de un plato de ternera mechada, ó de carnero con salsa de acederas.

Figuraos á qué extremo habrán llegado las cosas.

Y eso que hace dias hicimos una sonada.

Unos treinta ó cuarenta escritores, la mitad por lo menos periodistas, tomamos tres palcos para la corrida de toros señalada para uno de estos últimos lunes.

Y así fué. Con una tarde magnífica y un lleno completo, salió, dió que hacer y murió el primer toro á manos de Cúchares, que al recibir el nutrido

aplausos que victoreaba su habilidad, le llovió tal nube de sombreros blancos, que no parecian sino una inmensa bandada de palomas, espantadas por los milaos del ageno palomar.

Ciento cincuenta sombreros acababan de ser condenados al ridículo.

Y entre los aplausos, los gritos y la algazara, fueron saliendo sucesivamente el segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto toro, momento en el cual, ya habiamos arrojado sobre mil y tantos sombreros al redondel, y hecho correr de palco en palco otro de unas siete varas de largo, mandado hacer á propósito para este acto.

Pero ni por esas.

Hay, sin embargo, una cosa en contra, y es: que los primeros que salieron con los chambergos, no tenian nada de elegantes ni buenos mozos; razon por la cual, la moda quedó ahogada en feto.

A pesar de todo, aun se ven muchos con sus grandes plumas negras, particularmente los dominicos. Por lo demás, las emociones que en Madrid se han experimentado en lo que va de mes, y de lo que llevo algo contado, son niños de pecho para lo que todavía falta que relatar.

Emocion sacrilega!

Un individuo cojido en la capilla del Rosario de la iglesia de Sto. Tomas, robando la efigie del santísimo crucificado.

Emocion casera:

Un sugeto atrapado despues de haber sustraído trescientos mil reales del Banco de España.

Emocion paternal:

Un niño de diez años estraido cadáver de una de las norias inmediatas á Santa María de la Cabeza, donde habia caído jugando.

Emociones callejeras:

Una señorita de la alta sociedad de Madrid, arastrada por un coche en la calle del Príncipe, á causa de habérsele enredado el vestido en una de las ruedas del carruaje.

Item:

Un niño muerto en la calle Ancha de S. Bernardo á la vista de sus padres, por un coche cuyas ruedas le pasaron por encima.

Item:

Un jornalero sepultado en vida en una de las zanjas inmediatas á la plazuela de Herradores, por haberse hundido la arena.

Se le sacó, sin embargo, aunque bastante estropeado.

Y emocion popular:

La ejecucion de tres reos, entre ellos una mujer, en el espacio de cinco dias.

Me parece que la cosa trae malicia.

Este es, pues, Madrid, en lo que llevamos de mes. Y ainda mais las cosas que habrán pasado á puerta cerrada.

Lo que es estas habrán sobrepujado á los mártires de Zaragoza que el calendario los hace innumerables.

Ahora bien: no dirán los pesimistas es la influencia de la atmósfera.

Porque hoy estamos á mediados del mes de Junio y hace un frío que.... ya, ya.

Así es que la gente, con los vientos que andan, bien puede decirse que bebe los vientos.

Poquísima es la gente que hasta ahora se ha ido. Por lo que los dos únicos teatros que tenemos están todas las noches completamente llenos.

Estos son la Zarzuela y el Circo.

En el primero actúan Salas, Obregon y Caltañazor.

En el segundo Arjona, Romea y Matilde Diez.

Esta es un astro que camina rápidamente á su completo eclipse.

Por lo demás, OBREGON cada vez mas en moda.

Es la figura mas interesante que hace muchos años se ve en el teatro.

Como él hiciese aprecio del PARTIDO que tiene entre.... lo que es á estas fechas estaba ya PARTIDO.

(Esos puntos suspensivos pueden indicar la palabra que mas os agrada: lo dejó á vuestra eleccion).

Salas, como siempre, admirable.

Buena falta os hacia Obregon (esto va á mis amigas las gaditanas) para el teatro Principal un mesecito ó dos.

Seguro estoy habiais de agradecerme el recuerdo.

Canta admirablemente; es elegantísimo en la escena: posee una gran educacion; ¿qué mas se le puede exigir á un hombre?

De bailoteos, saraos, fiestas y diversiones, cero á la izquierda.

Los únicos salones que quedaban abiertos, los de la condesa de Torrejon y condesa de San Isidro, han quedado cerrados.

En esto de *quedas* nadie queda peor que los que se quedan los veranos en Madrid.

Y sin embargo, adoro el verano.

Porque nada hay mas tierno, ni mas dulce, ni mas melancólico en la vida que el momento destinado á una separacion.

El verano es la estacion de las flores y de los recuerdos.

Tambien pudiéramos decir que lo es de las lágrimas.

Pero lágrimas que ni agobian, ni apesaran, ni entristecen.

Porque son el rocío del alma con que se fecundan los recuerdos de la existencia.

Así llora la esposa de Titon en las mañanas de primavera! y sin embargo, las flores entreabren sus rosados labios para recibir en su seno el llanto bienhechor.

No hay lágrimas mas bellas, que aquellas que han de traer en pos el placer de una alegría.

Así es tan hermoso el llanto originado por una separacion momentánea.

El verano tiene este poético don.

Las separaciones que hace son como el lazo conyugal de dos esposos, que un breve sueño trunca por algunas horas.

Sueño querido que les hace al despertar tanto

mas felices, cuanto mas tiempo se vieron privadas de sus amorosas pláticas.

Por eso amo el verano.

La poesia que de él se desprende, no tiene nombre en los anales de la poesia humana.

PENÉLOPE sentada al pié de su hogar haciendo de dia y deshaciendo de noche la tela con que apaciguaba las seducciones de los príncipes que la pretendian, para dar tregua al regreso de su esposo, es de un ideal sublime.

RENÉ y ATALA, entregándose dia y noche al encanto de sus quiméricas ilusiones, son de una belleza no menos encantadora.

SAFO solo está admirable cuando desde la cumbre del Léucade llora sobre la tumba de sus pasados recuerdos.

ELOISA es menos poética cuando la ignorancia de las desgracias del corazon, le hace soñar cielos de venturosos placeres para su enamorado amante.

ANDRÓMACA jamás está tan ideal como cuando á orillas del falso Simois, da al viento los vaporesos ayes de su afliccion.

ORFEO gritando en las orillas de Lesbos estas desgarradoras palabras:

¡Ah miseram Eurydicem!
ánima fugiente vocabat,

tiene una poesia imposible de describir.

El Dante debió acaso su inmortalidad á una pasion desgraciada.

Los recuerdos fueron las centellas de su genio; á haber sido amado, es posible que jamás hubiera pensado mas que en amar.

Los recuerdos, pues, son la fuente de las ilusiones.

Nunca se ven los objetos con prismas mas arrebatadores, que despues de haberlos perdido.

La humanidad, por tanto, no es otra cosa que un continuo contrasentido.

Amad á una mujer, abandonadla, y el deseo de volver á sus brazos os perseguirá como á Pirro la sombra de Hécuba.

Nada será bastante á hacéroslo olvidar.

Nieve os parecerán las caricias que otra mujer os prodigue: nieve en pais desolado sus frases de amor y sus esperanzas.

El aire os faltará donde quiera: su presencia os importunará: nada bastará á ahogaros en la mente el recuerdo de lo pasado.

Así todo en la vida.

Hastío, veleidad, tibieza en la posesion.

Esperanzas, ilusiones, ansiedad en los recuerdos.

Por eso es preciso perder una cosa para saber apreciar todo lo que se ha perdido.

Las sensaciones, pues, son aplicables en el grado que se las quiera tomar.

La despedida de un padre moribundo; el último adios de una mujer amada; la soledad de una ausencia; la desgracia de un abandono; la idea de una eterna separacion, todo esto, aplicado en momentos de terrible afliccion para el espíritu, indudablemente ha de producir una de esas reacciones,

de las que tarde, ó por mejor decir, nunca, vuelve á reponerse el corazón.

Pero si apartais los ojos de este lienzo y los alzais á otros de mas caprichosa y risueña perspectiva ¿qué encantos no hallareis en un adios por poco tiempo: en una despedida por dias, en una ausencia de algunos meses?

La amistad, el cariño, la simpatía, el interés, la belleza, el amor! qué de objetos tan bellos, tan ideales, para alimentar los recuerdos de caprichosas esperanzas!

Esto, sin embargo, no parece poder efectuarse en el presente año.

Hasta ahora, contadísimas son las familias que han salido de Madrid.

En fin, con decirlos que andamos con capas y gabanes, creo está dicho todo.

Lo cual no impide que Madrid se desplome siempre que se le anuncie un espectáculo, sea de la clase que quiera.

Aquí los elementos no tienen influencia ninguna sobre los caprichos elementales.

Hace unos dias, el Campo de Guardias, situado fuera de los muros de Madrid, presentaba á las doce de la mañana un aspecto aterrador.

Dos patíbulos se alzaban en medio de él, y á su alrededor cubriendo campos, caminos, esplanadas y alturas, de unas noventa á cien mil almas.

A la una debían morir dos amantes llenos de vida, de ilusiones y de esperanzas.

La ansiedad era espantosa.

A las dos y media, la comitiva fúnebre apareció en lontananza.

La condenada venia en ella.

Es indecible el efecto que produjo en la apiñada muchedumbre.

Su belleza, su juventud y su arrepentimiento, causaron una esplosion de lágrimas y lamentos.

Pero tiendo un velo sobre este espantoso suceso, porque su solo recuerdo me hace vacilar el corazón.

Al subir al tablado, rodó las escaleras.

Su juventud tropezaba en las puertas de la eternidad: era natural: es horroroso eso de dejar un mundo en todo el esplendor de su magnificencia.

A las tres todo habia concluido.

Y yo tambien concluyo, porque de ponerme á relatar desgracias, estoy seguro salen á ocho ó diez por dia en lo que vá de mes.

Acabo de saber que en la calle del Arenal una diligencia llena de gente ha caido en una profunda zanja, quedando con las ruedas para arriba.

Creo ha habido bastantes desgracias.

¿Qué os parece el dichoso mes?

Quiera Dios que el entrante tenga muchas alegrías que comunicarnos

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

LA NIÑA DEL ESTUDIANTE.

I.

En la calle de la Luna
Hay dos balcones con tiestos,
Y gloria son de la villa
Las flores que guardan ellos.

Siempre frescas y galanas
Brillan en Mayo y Enero,
Que el huracan las respeta,
Como benditas del cielo.

El aroma de esas flores
No puede el aura beberlo,
Porque ese aroma es la vida
De una niña de ojos negros.

Con lágrimas de esa niña
Aquellas flores crecieron:
Cada hoja es una pena,
Cada flor es un secreto.

Su faz macilenta dice
Que amor desgarró su pecho,
Amor cruel que la ha herido
A los quince años y medio.

En los brazos de su madre
No encuentra paz ni consuelo;
No halla placer en las fiestas,
Ni halla reposo en el lecho.

Asomada á los balcones
Pasa los dias enteros,
Que al parecer ellos solos
Dan alivio á su tormento.

Cuidando triste sus flores
Mira con amor al suelo,
Y de cuando en cuando canta
Con melancólico acento:

"—Aunque ya á los estudiantes
Les quitaron los manteos,
Las niñas que bien los quieren
Los conocen desde lejos."

II.

Atraviesan por la calle
Turbas de alegres mancebos,
Unos suben y otros bajan
Ya pausados, ya ligeros.

Llevar en la mano un libro
Como insignia de su empleo;
Roto y manchado por fuera,
Virgen y sano por dentro.

Juega la risa en sus labios
Y en sus ojos el contento,
Todos en su edad florida,
Todos de donaire llenos.

Van dirigiendo á las niñas
Tiernos y dulces requiebros,
Que todos de amor entienden

Sin que lo enseñe el maestro.

Las niñas amedrentadas
Les escuchan con recelo;
Son estudiantes de leyes
Y saben ya hacer enredos.

Ocultas tras los balcones
Muchas suspiran por verlos,
Y al cielo van los suspiros
De la niña de ojos negros.

El viento agita lascivo
Sus perfumados cabellos,
Y en sus rosadas mejillas
Caen del sol los reflejos.

Al estudiante que adora
Dirige sus dos luceros,
Y él con ardientes miradas
La brinda su amor eterno.

Ella amorosa le envía
Una flor, un pensamiento,
El se adelanta orgulloso
Y colma á la flor de besos.

Sigue despues su camino
Atrás la vista volviendo
Para mirar á la niña
Que canta llena de fuego:

"—Aunque ya á los estudiantes
Les quitaron los manteos,
Las niñas que bien los quieren
Los conocen desde lejos."

III.

Tres años hace que Enrique
Cruzó la calle sereno,
Y en el balcón vió á la niña
Que hoy es su luz y embeleso.

Concurre en vano á la clase
Y en vano ocupa su asiento,
Está en otra parte el alma
Por mas que allí quede el cuerpo.

En vano toma los libros
Y de estudiar muestra anhelo,
Do quiera fija los ojos
Ve los de su amada impresos.

Pálido está su semblante,
Su corazón late inquieto,

Y sus gracias juveniles
Le arrebató el amor fiero.

Es su pasión un delirio,
Ama á su Elisa frenético,
Y el estudio y los amores
El sepulcro le han abierto.

¡Ay, cuánto sufre la niña
De los ojos hechiceros,
Al ver cruzar estudiantes
Sin aquel que la amó ciego!

Ya á los balcones no sale
Ni halla en las flores recreo,
Y es la calle de la Luna
Su martirio y desconsuelo.

La calle triste abandona
Por otro barrio desierto,

Donde no vea estudiantes
Como aquel que vió en sus sueños.

Mas ¡ay! por do quier que pasa
Ve jóvenes placenteros,
Que de su amado la traen
Dulces y amargos recuerdos;

Y al contemplar la malicia
De sus semblantes risueños,
Esclama la niña hermosa
Con melancólico acento:

"—Aunque ya á los estudiantes
Les quitaron los manteos,
Las niñas que bien los quieren
Los conocen desde lejos."

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE A MADRID.

(IMPRESIONES DE VIAJE.)

POR EL EDECAN,

COMANDANTE GRAD^o DE INFANTERIA

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

A la Excm. Sra. Doña Josefa De-Gregorio, baronesa de Roisin. Madrid.

(CONCLUSION.)

Mogadoor está situado á 8 millas, S. O. E. de Marruecos. Longitud 9. 30. O. E. Latitud 31. 30. N.

27 Dic.—En la posada de Mogadoor.

Repuesto ya del cruel mareo, y habiendo tomado algun descanso, merece la pena de que explique á mis lectores como saltamos en tierra ayer, y como saltarán ellos si llegan á tener que ir por allá algun dia; una especie de campaña es el embarcar y desembarcar allí, acompañada de peripecias trágico-cómicas.

Éramos, entre hombres y señoras, diez pasajeros en todo, y de diferentes edades; siendo el mas joven un oficial ruso, herido en Crimea, y que viajaba para el restablecimiento de su salud deteriorada; y el de mas edad, un antiguo y honrado empleado, llamado el Sr. D. Julian Bautista Jimenez, ex-contador de Hacienda pública del distrito de Canarias, quien se lamentaba de tener que pasar á la corte á pretender con sus años y sus servicios, habiendo quedado cesante, víctima (según él) de alguna intriga.... Pero volviendo á nuestro asunto; cuando desde el vapor tratamos de ir á tierra, no veíamos vestigios de botes, solamente vogaba hacia nosotros una grande y rústica barca, (y como diria un amigo mio, "en primer desbaste") tripulada por una docena de beduinos con trazas fero-

ces, atezados y sucios; vestidos con haraposos albornoces y cubiertos con desaseados turbantes. La presencia de aquella gente despertaba en la memoria toda las novelescas é hiperbólicas descripciones de piratas berberiscos. Con algun recelo saltamos á la barca, en medio de esos semi-salvajes que gritaban todos á la vez en su gutural arábigo lenguaje, para nosotros de todo punto ininteligible. En esta disposicion, y animándose con un canto lúgubre, monotonó y acompasado, empezaron á bogar con unos remos bastos y muy cortos en direccion á la playa. Cuando estuvimos cerca, aquí fué ello; la marea estaba baja, y la barca, no pudiendo atracar á tierra, hubo que anclar como á medio cuarto de milla.

¿Cómo desembarcar?... Ahora lo veremos: una nueva horda se precipitó en medio de las olas hasta la cintura, con el objeto de trasladarnos en hombros á tierra. No sin sobresalto nos vimos cada uno acometidos por dos y tres beduinos disputándosenos, y tirándonos cada uno de un miembro, á riesgo de dislocarnos. Curiosa era de ver aquella cabalgata humana. Alguno cayó al agua. Ninguno dejó de mojarse poco, ó mucho. Yo monté sobre dos de aquellos genizaros aferrándome á sus cuellos porque ellos ninguna maña se daban en sostenerme. Mi mujer medio cayó al agua, mientras que veía llena de zozobra cómo un marroquí muy negro y muy alto le arrebató la hija de su alma, la cual, por su parte nada asustadiza, con inocente sonrisa parecía estar muy divertida con toda esa batahola. El oficial ruso cayó al agua, y perseguía á bastonazos colérico á los que le proporcionaran tan intempestivo baño. Ya en tierra, no sabíamos cómo hacer para pagar á aquella gente, y un judío (de quien luego me ocuparé) lo verificó provisionalmente por nosotros, pues su casa iba á ser nuestra posada durante nuestra residencia en aquel punto.

Cual náufrago efectuamos nuestra entrada nada triunfal, por el ojivo pórtico de la arábica ciudad, donde todo nos pareció extraño, nuevo, fantástico, como un sueño; tanto por la novedad de los objetos, cuanto por la transición repentina de

un pueblo cristiano á otro musulman. El judío nos condujo á su hospitalaria mansion. Ese venerable sugeto, llamado *Abraham de Sahádía Cohén*, es de corta estatura, de buenas carnes, y aunque frisa en los setenta consérvese fuerte y ágil: su abundante y encanecido cabello, así como su lueña y nivea barba, contribuyen á realzar la varonil espresion de su noble y franca fisonomía. Faltaría á los deberes de la amistad si de él no hiciese de paso honorífica mencion. Magüer israelita, le aprecia el pueblo moro y le estima el mismo gobernador de Mogadoor, autoridad principal y única que reasume todo el mando, cobra los impuestos y registra los equipajes en la aduana.

Accediendo mi patron al deseo que emití de visitar particularmente al Sr. Gobernador, introdujeme á su conocimiento, y me sirvió de *dragoman* (intérprete).

Prévio aviso, se dignó recibirnos Hady-Mohamed-Benzour, en su especie de divan. Ví en él la realizacion de los genuinos tipos turcos que nos representan en los grabados algunos artistas, con su lujoso y pintoresco traje. Tendrá mas de cincuenta años; ostentaba un limpio turbante blanco como el ampo de la nieve; sus ojos son grandes, negros y vivos; su nariz bien proporcionada y aguilena; y su bien poblada y hermosa barba, algo blanqueada por el polvo del camino de la vida, le descansaba en las rodillas, sentado como estaba cruzadas las piernas sobre una *alcatifa*. Hizo que me sacasen una silla, la que yo aparté para sentarme como él y los que le rodeaban. Abraham entonces, dirigiéndole la palabra le dijo:

"Este es, Sr. Gobernador, el oficial español que ha solicitado el honor de ser admitido á tu presencia: amante de nuestro pais, y como escritor público, á la vez que militar, promete hacer favorable alusion á su corta estancia entre nosotros cuando llegue á su patria."

Hadi-Mahomed-Benzour se volvió á mí y me estrechó la mano con franqueza, preguntándole á Abraham por mi nombre.

"Pedro de Prado y Torres," repuso aquel. Yo me incliné. "Pues bien,—añadió en árabe Mohamed, mirándonos alternativamente á Abraham y á mí:—sea bien venido; Alá le guarde; dile que espero que nos trate bien en sus publicaciones de viajero, y que tendré un placer si se acuerda de remitirme por tu conducto el periódico ó libro en que haga referencia á su paso por nuestra patria; dile que simpatizo mucho con la suya; allá en mis mocedades recorrí la bella Andalucía, y aun residí algun tiempo en Barcelona y Madrid." Despues de algunas otras frases de urbanidad, por medio del *dragoman* ofrecí remitirle la narracion de estas impresiones de viaje. Despedime en seguida despues de haber merecido por parte de *Hady-Mohamed-Benzour*, gobernador de Mogadoor, una entrevista que no concede fácilmente á todo el mundo.

Me habian asegurado de que mi patron era hombre rico, á haberlo dudado al ver la modestia con que vivia, las dudas se hubieran desvanecido cuando tuve ocasion de apreciar las riquezas que

encerraba su casa en plata, oro y alhajas en profusion, heredadas de abuelos á padres ó hijos.

Las mujeres de Mogadoor (no las moras, sino las judías) conservan el traje tradicional histórico, característico de los antiguos tiempos hebraicos. *Abraham-Sahadia* tiene varias hijas, de las cuales una, casada, vivia en su casa.

La hermosa *Meriam* tiene unos veintiseis años, y como es muy amable, para satisfacer nuestra curiosidad y admiracion, se vistió de gala. Aquel traje digno de una emperatriz dió nuevo realce á su natural belleza. Meriam es de estatura regular, y muy bien formada; sus facciones finas, la tez ligeramente morena, y el rostro bien ovalado. Sus ojos de gacela, negros, grandes y rasgados, cuyos ángulos se dilataban por dos rayas negras que se pintan en el borde de los párpados imprimian á su pupila una espresion singular, que reflejaban llenos de luz un alma tierna y apasionada; las cejas, las megillas, pestañas y labios estaban pintados á la oriental usanza. No lucia el cabello, porque la ley rabinical previene que lo lleven oculto las casadas; pero en cambio, llevaba un gracioso tocado llamado técnicamente *festul*, se compone de tres piezas á saber: un pañuelo de seda, un prendido de paño que cae por la espalda y un fino cendal, todo ello entretejido de oro. Envolvía su modelado busto un corpiño ó *kaftan*, de terciopelo carmesí y manga corta, bordado de oro. Atravesado, cubriendo por delante la abertura de la chaqueta y sosteniendo el seno, lucia una pieza tan recamada de oro en realce, que el terciopelo desaparecia de todo punto; era una ascua de oro, ocultando un templo de fuego. La saya ó *djiraldeta*, pieza ancha de terciopelo, formando juego con el *kaftan* y que daba dos vueltas á su cuerpo desde la cintura á los piés, estaba igualmente bordado de oro, en términos que, su peso era ya molesto. No usan corsé, de modo que para sujetar aquella saya y aquel corpiño, sin gafetes ni botones, se ciñen la *kusaca* que viene á ser una faja de mas de una cuarta de anchura, y larga de tres varas, tejida de seda de gayos colores, y de tisú de plata y oro. Ostentaba en sus piés diminutos las babuchas ó *krábel*s de Marruecos, igualmente de terciopelo y oro.

Pero nada era todo eso, (aun suponiendo que ascendiese su valor intrínseco á 800 ó 1000 duros, comparativamente á las joyas que ornaban como por complemento su frente, orejas, cuello, pecho, brazos, muñecas y piernas. Alhajas trasmitidas muchas á la familia de generacion en generacion: admirábanse los brazaletes de finísimo oro de Tumbuktú; los deslumbrantes aderezos; los anillos de plata del Perú; los diamantes de Golconda; los rubíes, topacios y zafiro de Ceylan en profusion, así como las perlas de Persia y de Panamá.

Jueves 30 de Diciembre.

El día quinto de nuestra estancia en Mogadoor nos reembarcamos, repitiéndose la misma escena del desembarco. Dejamos atrás á las señoras para

que viniesen en el bote con el capitán del vapor Mr. William Cooper, de quien solo puedo decir en honor á la verdad que, además de excelente marino, es atento y urbano. En nuestro trayecto con los beduinos si no zozobramos, no tuvieron la culpa ellos, que hicieron todo lo posible por conseguirlo. Eran las cinco de la tarde; la mar gruesa, el vapor distante, y duro el vendabal. Cuando llegamos al costado del vapor, un vaiven nos hizo chocar contra su costado y cogiendo en medio la escala se hizo añicos, de modo que, ascendimos difícilmente encima de cubierta.

Las señoras vinieron bien con Mr. Cooper, pero no se escaparon de ser conducidas en brazos hasta el bote; Adela confiada en que la sujetaban, y no aferrándose bien á los conductores volvió á medio caer al agua por cojer un libro manuscrito que se le deslizó, libro que traía á la mano con particular cuidado por ser un drama, obra de mi amiga Doña Angela Mazzini, quien me lo confió en Tenerife para entregarlo en Madrid para su revision á la distinguida escritora Doña María del Pilar Sinués.

El drama es muy lindo y en verso; titúlase, *El brazalete de coral*. Coral nacido en las aguas de Tenerife, y bautizado en las de Mogadoor.

¿Quién toca en ese punto sin comprar algunas curiosidades características del país?

El que mas y el que menos tomó ya un *albornoz*, un *jayque* ó una *kusáca*, (faja) etc.

Yo no me vine sin un albornoz, un gorro Tune-cino, algunas esencias, un rosario de palo santo, una *cumia*, (puñal marroquí) pipas, y el *chibut* (yerba que se fuma), el *kíeff*, (polvos) y el *manziun* (pasta); drogas con que se adormecen en sueños de oro, y babuchas, etc.

Mogadoor tendrá 13,000 almas; de este número, dos tercios son mahometanos, y los demás judíos.

Cádiz 2 de Enero de 1859.

Las notas que faltan las extraeré muy por encima por no ofrecer el mismo interés y novedad.

Eran las seis de la mañana cuando fondeó el *Warrior* en la bahía de la nunca demasiado ponderada ciudad de Cádiz, que Chateaubriand ha comparado á una odalisca sentada á orillas de un mar sereno, y que se mira en el espejo de sus aguas ínterin se baña los mármóreos pies.

Siempre sentimos dulcemente conmovido el corazón cuando regresamos á la patria, volvemos á ver ya nuestra familia, personas amigas, antiguos deudos y amigos.

En el teatro Principal se representaba *Los Magyares*, zarzuela que ha hecho fortuna, y tuve el placer de oír al joven tenor José Grau, mi amigo; artista de esperanzas, á quien tuve el gusto de proteger años atrás y animar por medio de la prensa cuando empezó á elevar el vuelo en su espinosa carrera escénica; no habiéndome equivocado en mis pronósticos, pues ha crecido bastante despues de dos años, y ha sido contratado para la Habana con 1000 rs. diarios.

JULIO.

El 4 pasamos á Sevilla, no por la via de Alicante, (que es la moda) sino por el Trocadero, Sanlúcar y Bonanza, llegando al día siguiente á las 5 de la tarde. En Sevilla me hallé con otro artista amigo; Antonio Lozano, quien reúne las cualidades de aventajado actor y autor dramático.

Finalmente; buenos, sanos y salvos, sin volcar, y sin que nos asaltaran bandidos, por Despeñaperros y Córdoba, gracias á la bien nunca ponderada institucion de la Guardia Civil, llegamos á la coronada villa del oso y del madroño: era el 11 de Enero de 1859, y aquí pone punto redondo á estos apuntes

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Papel para desenmohecer el hierro y el acero.

Se impregna un pliego de papel en una fuerte disolucion de cola de carnaza, y despues se polvorea con esmeril fino ó asperon pulverizado, y tambien con vidrio ó piedra pomez molida, que producen el mismo efecto; luego se cubre con otro pliego de papel, sobre el cual se pasa un rodillo apretándolo fuertemente contra el mismo, y cuando esté seco se sacude para que caigan los polvos que no se han pegado.

Cuando han de limpiarse utensilios, armas ú otros objetos de hierro, se rasga un pedazo de dicho papel, y con él se quita el orin ó grasa pegada al hierro. Da á dichas materias diferentes grados de finura y se varian conforme á la mayor ó menor hermosura que quiere darse al bruñido de hierro.

Modo de dar lustre á las estufas, tapaderas de chimenea y demás utensilios de hierro colado.

1.º Límpiense las planchas con un cepillo fuerte, quitándolas despues el orin y el polvo por medio de la frotacion con piedra pomez ó arena silícea.

2.º Muélanse cerca de cuatro onzas de mina de plomo, y reducida á polvo, échense en una olla con medio cuartillo de vinagre.

3.º Aplíquese esta composicion á las planchas con una brocha, y frótense.

4.º Cuando las planchas estén suficientemente secas, frótense con otra brocha hasta que se pongan lustrosas como el cristal.

Proceder para limpiar los grabados y los libros.

Para blanquear una estampa basta meterla en una disolucion de cloro, dejándola en maceracion mas ó menos tiempo segun la suciedad del papel.

Cuando se hace la operacion en un libro encuadernado, para que todos los pliegos queden mojados en la disolucion, es preciso abrirlo bien y hacer de manera que solo el papel esté zambullido en el

liquido, separando despues los pliegos unos de otros para que se humedezcan igualmente por ambos lados; concluyendo la operacion con lavarlo en agua muy limpia y hacerlo secar.

Con este procedimiento se quitan tambien las manchas de tinta.

Para impedir que el sudor de las manos manche y altere algunas obras.

Restréguense ambas manos con un poco de licopodio ó azufre vegetal, y se evitará este molesto inconveniente.

Especie de goma para pegar los vasos rotos.

Con claras de huevos bien batidas, queso blando y cal viva se hace una mezcla que resiste al agua y al fuego.

Para hacer un encerado mas claro que el vidrio.

Mójese pergamino ó vitela bien pulida y blanca, y encólese en el bastidor, y cuando seco, désele una ó dos capas de un barniz compuesto de partes iguales de nueces y agua clara, hervido en un vaso de tierra con un poco de vidrio molido.

Polvos para limpiar la vajilla de plata.

Todos los artículos que bajo diferentes denominaciones se venden como polvos para limpiar la plata, tienen mezcla de azogue que, penetrando en los poros del metal, lo hace tan quebradizo, que á la menor caída de una pieza puede con facilidad romperse.

El albayalde mojado y aplicado sobre los objetos que se quieren limpiar, ó bien con la frotacion en seco ofrece el medio mas eficaz y menos dispendioso de cuantos se han usado: los joyeros raras veces siguen otro. Puédese tambien hacer hervir las piezas en un poco de agua con una onza de cuerno de ciervo calcinado y porfirizado, y añadirle despues un azumbre y medio de agua. En este caso es necesario escurrir la plata en la vasija y hacerla secar al calor del fuego; en seguida se ponen á hervir en este líquido arameles pequeños de lienzo fino, hasta que estén bien impregnados de toda la composicion. Con este lienzo podrá limpiarse la vajilla, la que en seguida deberá frotarse con cuero de gamo: tambien puede servir para las visagras de las puertas y otros objetos de cobre ó de plata.

El siguiente procedimiento es infalible para blanquear la vajilla.

Mézclense partes iguales de sal amoniaco, alumbre de roca, sal jema, tártaro y vitriolo romano, todo en polvo: disuélvase en agua clara, y hágase hervir la vajilla cuanto se crea necesario; con cuya operacion la plata quedará en extremo blanca.

Tambien se raspan en un plato cuatro onzas de jabon blanco con un cuartillo de agua caliente; en otra vasija se mezcla media onza de tártaro crudo, con otro cuartillo de agua caliente; y en otro vaso de agua tambien caliente se echa media onza de ce-

nizas graveladas: frótase en seguida la vajilla con un pincel de cerda de puerco, bañándolo primero en el líquido de tártaro crudo, despues en la ceniza gravelada y por último en el jabon. Despues de esta operacion debe lavarse la vajilla en agua caliente y limpia, y enjuagarla con un lienzo blanco y seco.

Para impedir que el aceite eche humo.

Póngase en el fondo de la lámpara agua destilada de cebollas, y encima échese el aceite, con lo que se evitará que arroje humo.

Otro método para lo mismo.

Hágase derretir en el fuego manteca del mes de mayo, y échese sal comun bien seca: esta arrastrará al fondo toda el agua y tierra que contendrá la manteca, dejándola como un aceite trasparente y hermoso, sin que haya humo puesto en la lámpara.

Modo para impedir que el agua entre en los zapatos.

Lícense juntas en medio azumbre de aceite sin sabor, dos onzas de cera virgen, dos de trementina y una y media de pez grasa de Borgoña: frótense los zapatos nuevos con esta composicion á alguna distancia del fuego, y repitase la operacion tantas veces como se seque el calzado.

PLATOS PRINCIPALES.

Los platos principales son indispensables en una mesa servida á la francesa. Si se sirve á la española se reemplazan con el prosaico cocido, tan general en nuestro pais. Plato principal ó plato fuerte es el que está en el centro de la mesa si la sopa se sirve desde el aparador, ó el que reemplaza la sopera si esta se ha puesto en la mesa. Debe servirse en una fuente mayor que las demás.

Cocido español.

Quando el agua del puchero esté caliente se echa la carne que se quiera de vaca y un pedazo de pierna de carnero para dar gusto; se tiene cuidado que no se pase la espuma, y cuando esté bien espumada y cueza á borbotones se echan los garbanzos y la sal; al cabo de un par de horas se le añade tocino, jamon y gallina, aunque no sean mas que unos despojos, ú otra cualquiera ave (cuanto mas vieja sea mejor caldo hará); se le pone una cebolla para gusto, y se hace cocer á fuego lento cinco horas. Aparte en otro puchero se pondrá á cocer la verdura con un poco de tocino rancio, un chorizo, una morcilla, ó bien una butifarra negra catalana. Si no se quiere verdura se pueden echar en el mismo cocido algunas patatas, y tambien el chorizo, pero no la morcilla, porque haria el caldo negro. La morcilla y el pedazo de pierna de carnero, ó mejor de rabadilla, se pondrán sobre las parrillas antes de servirse.

Cocido á la francesa.

Se lava la carne sin desengrasarla, y se echa en

el puchero cuando cuece el agua (debe advertirse que la carne ha de ser de vaca muy magra); se le añade si se quiere un pedacito de ternera, se le echan zanahorias, cebollas y un ramillete compuesto, lo cual se quita antes de servirse, se sazona con sal y un clavo, y se hace cocer á fuego lento.

De este cocido no se sirve mas que la carne como entrada puesta sobre perejil verde.

Cocido sustancioso para enfermos.

Se le pone gallina, carnero, jamon, garbanzos y sal, y cuando esté bien cocido y espumado se cuele. Sáquese la gallina, y macháquese bien en el mortero con una miguita de pan remojada en caldo; cuando se ve que está bien molida se deslie con su mismo caldo y se pone sobre cenizas calientes.

Cocido catalan.

Al poner el agua en el puchero se le pondrán judías secas; luego cuando se vaya calentando se echará la carne, y cuando haya espumado, los garbanzos, tocino y sal. Mas tarde se le añadirá una morcilla, un relleno, patatas y berza ó repollo, y media hora antes de comer se le pondrá bastante arroz y fideos gordos; cuando esté cocido se sirve todo revuelto. A esto le llaman los catalanes *escudella*. Antes de servirse debe sazonarse con azafran.

Olla podrida.

Después de bien espumado el puchero y puestos los garbanzos, se echará tocino fresco (si es tiempo) y añejo, gallina, jamon, chorizo, manos de carnero, orejas de cerdo, y un *relleno ó pelota*; mas tarde patatas, arroz y judías, habas ó guisantes tiernos si los hay; cuando haya cocido cinco horas, tanto el cocido como el caldo, serán esquisitos.

Relleno ó pelota para el cocido.

Se picará bien menudo sobre la tabla un pedazo de carne, tocino, grasa de vaca, perejil y un par de granos de ajo; cuando se haya picado bien con la media luna se pondrá en un plato, se le echará uno ó dos huevos, un poco de pan rallado, sal, canela molida, clavo y pimienta en polvo; se mezcla bien con una cuchara y se pasa á otro plato que tenga harina; se le va dando vueltas sobre la harina con el mismo plato, y se echa al puchero dos horas antes de hacer la sopa. Debe irse con mucho tiento para que no se rompa.

Vaca cocida.

En las mesas de lujo servidas á la francesa no se pone cocido ó puchero, y sí en su defecto y como plato del centro un buen pedazo de carne de vaca cocida y puesta sobre ramitas de perejil. Muchos la sazonan con las salsas que se presentan en las salseras, otros con mostaza y otros con aceite y vinagre, pero esto es segun el gusto de cada uno. Para que la vaca cocida sea apetitosa se cocerá del modo siguiente:

Se comprarán cuatro ó cinco libras de vaca bien magra en un solo pedazo cuadrado, y si no lo es se arrollará y atará con un cordel bien limpio; póngase á cocer con agua y sal, y cuando esté bien espumada y haya cocido un poco se le echarán un par de zanahorias, nabos, una chirivía, una cebolla claveteada, un ramito de perejil y ajos: cuando haya cocido seis horas se sirve como se ha dicho.

EL CORPUS Y SAN JUAN.

Cuando todo hacia creer que la procesion del Corpus del presente año sobrepujase en solemnidad y ostentacion á las de los anteriores, hé aquí que el levante, si no la agüó, la ventó á términos de quitarle gran parte de su lucimiento. La cosa merece tomarse desde la víspera, y eso es lo que vamos á hacer.

La carrera, segun teníamos dicho, habia experimentado una notable mejora, haciendo que siguiese, no por detrás de los puestos segun costumbre, sino por el centro mismo de la plaza de Isabel II desde el Ayuntamiento en direccion á la puerta del Mar, hasta la altura de la calle Nueva, en cuyo punto se elevaba un templete formado de arcos de yerbas y flores. Este nuevo trozo se habia adquinado, y altos mástiles sustentaban allí los toldos. Adornada tambien é iluminada por gran número de arañas se veia la calle de D. Alonso el Sábio, y en ella y en sus inmediaciones se habian colocado graciosos juegos de luces de gas. La iluminacion era general en toda la carrera; pero se distinguian algunos establecimientos de la calle de Juan de Andas, como Filipinas, El Pasaje y La Exposicion de Lóndres, cuyos adornos eran bellísimos y suntuosos.

Llegada que fué la noche, las gentes comenzaron á afluir á aquellas calles; mas con profusion tal y tan grande que no habia forma de dar un paso ni aun de rebullirse para coger aire que respirar. La pescadería y sus adyacencias, el barrio de la Viña, las cuestas de la Mirandilla, las accesorias de los gallegos, todo, en fin, se habia salido de madre, haciendo irrupcion en la carrera, á la que trataban como á país conquistado. La parte desenfrenada de la pollería formaba apretados grupos que á modo de falange macedónica rompía por entre el espeso gentío, celebrándose á sí propia la gracia cuando arrollaba á los pacíficos transeuntes, destrozaba algun vestido, aplastaba algun inerte callo ó hundía alguna costilla al desventurado prójimo que acertaba á caer dentro de la línea de su bestial empuje.

En tanto el levante, que sabiendo era antevíspera de S. Juan habia saltado aquella tarde, comenzaba á soplar con fuerza. El calor era digno de los desiertos de Africa; las bugías de las arañas chorrearon al principio lo que pudieron sobre el que cayó debajo, y cumplida esta indispensable fórmula de toda iluminacion de semejante especie,

corridas de vergüenza se apagaron; de los juegos de gas solo quedaban visibles los tubos de hierro, lo demás se reducía á tal cual ráfaga y mucha peste; los candilones de los avellaneros y de los vendedores del pan de leche relampagueaban sin cesar por la fuerza del viento, y los lamidos dulces de las mesillas se miraban cubiertos de mas pavesas que azúcar y de mas arena que almíbar. En tanto los toldos entre espantosos zapateos parecían querer tomar vuelo hácia las altas regiones de la atmósfera, arrastrando en pos de sí y sacando de cuajo el barrio entero.

Así pasaron las primeras y deliciosas horas de una noche tan diferente de aquella que se esperaba. El viento se hacia mas recio de cada vez; comenzaron á desprenderse ladrillos y amagar con algo mas, hasta que al cabo á la madrugada fué forzoso desentoldar casi todas las calles de la carrera, quedando sola dos, en que el peligro de un cantazo no era tan inminente por la circunstancia de ser aquellas estrechas y abrigadas.

En esto amaneció, y aunque el viento habia amainado alguna cosa, comenzó á dudar de si la procesion saldria ó nó; pues la intensidad de aquel sol cayendo á plomo sobre las desnudas cabezas era cosa para calculada muy despacio, y el freir meolladas es mas propio de una cocina que no de una carrera de procesion. Sin embargo, resolvióse la cuestion en el sentido de la salida, y á las once y media la primera salva de artillería anunció que la Custodia hollaba con sus ruedas los umbrales del templo.

La procesion, si bien como siempre solemne, habia de resentirse por fuerza de las circunstancias que la acompañaron. El cortejo era harto menos numeroso de lo de costumbre, y á unos retrajo la molestia y á muchos el temor de volver asados á sus casas. Hasta en punto á imágenes se notó falta respecto á los años anteriores, y no solo no salió la de Sto. Tomás de Aquino, anunciada de antemano, sino que tambien faltó el apóstol Santiago. Hubo sin duda de ser esto corazonada, porque el recuerdo de los moros muertos en Clavijo no era bien se evocase la víspera de un día en que tantos miles de cristianos habian de morir á manos de otros cristianos en las orillas del Mincio. No siempre se ha de celebrar á San Juan con toros y cañas; bien es que alguna vez, como ahora, se celebre entre cañonazos y alaridos de muerte. Para eso vivimos en un siglo filantrópico y humanitario.

Salió, como decíamos, la procesion, y mientras anduvo por las calles que estaban entoldadas todo fué bien; pero al desembocar por la calle Nueva, una de las mas anchas, y al ver en perspectiva el sol aterrador de la plaza de Isabel II y por posdata el nada suave de la calle de Alonso el Sabio, plaza de Silos Moreno, calle de Marrufo y plazuela de la Catedral, los mas animosos comenzaron á flaquear, y á toda prisa y sin descanso alguno corrió la procesion, que no puede decirse que anduvo, por el no leve trecho que le restaba, y antes de una hora la tercera salva anunciaba que el Señor habia vuelto á su templo. La corta parte transitable de

la carrera, es decir, la que estaba entoldada, permaneció llena de gentes hasta mucho tiempo despues, mascando polvo, destilando sudor por uñas y cabellos y convertidas sus caras en alcarrazas de Chiclana.

Habíase susurrado dias antes que muchas señoras pensaban presentarse el día del Corpus no solo sin miriñaques, sino hasta con plomos en las enaguas. Si algo en efecto se proyectó, el proyecto ha corrido la misma suerte que el abortado de los chambergos. Jamás las mujeres han ido mas huecas, mas sopladas, mas contundentes y agresivas que aquel día. No parecia sino que las campanas de todas las torres, en celebridad de la fiesta, se habian bajado á repicar en la carrera; que eso semejaban en la metálica rigidez de los armazones y en la forma aparente de los cuerpos.

Tranquilícese, pues, el bello sexo. Su ahuecador no muere por ahora, porque la industria le ha utilizado haciendo de él una especie de carromato ó de galera de mensagería, donde cabe un equipaje entero y donde se acomoda sin gran esfuerzo toda una tienda de mercader. Solo le falta la estantería, pero ya se la pondrán antes de mucho. Díganlo si nó los frecuentes contrabandos que cada día se cojen en las puertas de Cádiz, y de que nos dan cuenta los periódicos. El miriñaque ha creado ya intereses, quizá ha organizado comanditas y sociedades anónimas; quizá bajo su garantía se paguen seguros. ¿Cómo se destruye todo esto así sin mas ni mas? ¿Bastará acaso á conseguirlo el cuerpo de carabineros, que es hoy su mas encarnizado enemigo? Lo dudamos.

Tras del Corpus ha venido San Juan; fiesta que en todas partes se celebra, menos en Cádiz. Aquí no hay hogueras, no hay iluminaciones, no hay veladas, no hay toros. Las humildes candeladas con que se entretenian los chicos la víspera, han desaparecido ó poco menos, porque aquí entendemos que la cultura consiste en aburrirse, con tal de aburrirse con mucha gravedad. Es pues indispensable el encombrar los vapores y los trenes para irse á alguna parte, en suma, para no quedarse en Cádiz. La poblacion casi en masa corre á los toros del Puerto ó de Jerez, y se precipita á las veladas de Puerto Real ó de Chiclana, porque hay algo siquiera que hacer, algo que ver, sea bueno ó malo. Nuestro pueblo, que es desprendido ó imprevisor como buen andaluz, va á aquí ó á allá, á tirar un peso, quizá el único que posee, con el mismo rumbo con que pudiera hacerlo el mas opulento capitalista. Hágase de modo que Cádiz pueda ofrecer algun aliciente de esta especie á los forasteros, y en cambio de aquel peso que se les deja, vengan ellos á dejar aquí siquiera otro. ¿Porqué no se medita sobre esto?

Diremos por fin que en Cádiz no ha quedado casi nadie el día de S. Juan. Así sucede siempre.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

No es ciertamente el mas dulce el oficio de periodista, y cuando leéis cómodamente sentados las elucubraciones mas ó ménos felices de un escritor cualquiera, no os cuidais ciertamente de todo el trabajo y afán que haya podido costarle aquello.

Dicho esto por via de proemio, entremos en materia, principiando por lo que nuestras bellas se aprestan á llevar á los baños.

Muchos trages de piqué con gran levita, descendiendo casi hasta el fin de la última enagua, y ricamente adornados con punto de Hungría.

La casa Sorré-Delisle es la que ha creado y puesto en moda este coqueto capricho, que se aplica á los trages de seda como á los que se hacen de telas de verano, y al presente este género de guarnicion está adoptado por las damas del gran tono, á términos de que no hay una elegante que no quiera adornarse con él.

Nada hay mas caprichoso que el modo de guarnecer los sombreros. Todos varian segun el gusto de la modista que los confecciona.

Las cintas de tafetan negro, sobre la paja, están decididamente muy de moda. Agréganseles mazorcas de flores de los campos y yerbas de paja. Estas últimas, debo decirlo, tienen una rigidez desagradable.

Mme. Rénevey acaba de crear lindísimos modelos para dos bellas damas que van á Weisbaden. Entre ellos habia un sombrero de paja de Italia adornado de terciopelo punzó y plumas blancas.

Un sombrero de paja de arroz, guarnecido con una cinta rayada de negro y blanco, despues un gran manojo de rosas.

No es posible hablar de sombreros sin pensar al mismo tiempo en las flores, que son su mas coqueto adorno. La casa Guelot es donde se hallan en este género las mas delicadas creaciones.

Llamamos vuestra atencion sobre sus nuevos prendidos para baile de estío, que se componen especialmente de flores de los campos, mezcladas con yerbas, con sargas de margaritas ó de acianos para las jóvenes solteras, y guirnalda de rosas, con pensamientos y resedá.

La moda de los pequeños volantes se adapta generalmente á los trages de seda como á los trages ligeros: se colocan muchos. Algunos no suben mas que hasta la rodilla; lo cual es un objeto de estudio. Si una mujer es delgada, los volantes sentarán mejor colocados casi hasta el talle; pero en el caso contrario no es bien darle tanta anchura de caderas, y entonces no se los colocará tan altos.

Siete volantes hacen mejor efecto que cinco, cuando no se les quiere demasiado pequeños.

Ayer ví un traje que tenia catorce: esto me parece exagerado.

Todos los corpiños de traje para visitas ó paseos permanecen montantes, aun los que son de telas ligeras. Solamente las solteras jóvenes los llevan tal cual vez escotados, y sobre ellos colocan fichus Luis XIII ó María Antonieta, frecuente-

mente de igual tela, si esta es jaconá, barege ú organdí estampado.

Muchos corpiños son redondos, de pequeña cintura: sin embargo, se les ve aun con faldillas, sobre todo de cinco puntas.

En cuanto á modelos de mangas, nada hay mas vario.

Las hay de jockey y volante, ó bien con ocho ó nueve bullones á todo lo largo, terminadas por una pequeña vuelta. Se hacen tambien mangas anchas con puño. Estas no se toleran sino en *negligé*. Hay además la manga flotante, hendida por debajo del brazo.

Algunos trages de barege, de corpiño montante, tienen una berta que descende muy abajo sobre la espalda, y formando la esclavina detrás y la punta delante. Esta berta debe guarnecerse en el mismo estilo que la enagua, ya con un pequeño volante, un plegado, un rizado, una banda de tela, ó bien de terciopelo, si lo hay en el traje.

Es menester observar siempre una gran armonía en los adornos del vestido.

La amplitud de las enaguas no disminuye, lo cual prolonga la necesidad de los ahuecadores, y hace que se multipliquen los modelos.

El velillo *Clotilde*, esta graciosa innovacion debida á la casa de Lutz, es el adorno obligado de todos los sombreros de paja. Con él no hay necesidad de sobrecargar á un sombrero de flores ó de cintas; es una verdadera corona de encaje que basta para un peinado sencillo, y le imprime un sello de singular distincion.

Este modelo se ejecuta en Chantilly y en imitacion. Hay, por tanto, facilidad de proporcionárselo sin gran gasto.

Los velillos me llevan á hablar de los sombreros, singularmente de los que ha pocos dias he visto en casa de Leroy-Mariton, tan abundante en deliciosos modelos.

Para gran equipo habia muchos sombreros de crespon; otros de paja de arroz, adornados con blonda y flores; algunos, con plumas y marabús.

Estos sombreros están muy guarnecidos bajo el ala; se ponen bandós de flores, torcetes de crespon ó de cinta; algunas veces pomponcillos de encaje negro.

Los sombreros de paja sencillos están adorables con sus cintas sujetas con hebillas de azabache.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

VESTIDOS DE NIÑOS.

PRIMER FIGURIN PARA NIÑO DE 8 AÑOS.

Enagua en grisaille á grandes cuadros negros y blancos rodeada de terciopelo azul Prusia; chaqueta de terciopelo. Clal como la enagua, rodeada de

terciopelo. Medias á cuadros azules negros y blancos. Botas de terciopelo azul. Pantalón blanco. Cuello y mangas de *mansouk* tupido. Gorro de terciopelo adornado de plumas.

SEGUNDO FIGURIN PARA NIÑO DE 5 Á 9 AÑOS.

Pequeño paletot de alpaca gris, abotonado con sobrepuestos bordados de terciopelo carmelita y ribete ancho de lo mismo. Botines del mismo color. Pantalón blanco. Camiseta de *mansouk*, con mangas de buche. Gorro de terciopelo negro.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA DE 8 AÑOS.

Vestido de tafetan ó foulard con dos faldas, estando la de encima sujeta por los lados con bellotas de pasamanería. Monillo escotado formando berta con el mismo adorno que la enagua. Pantalón bordado. Mangas blancas y camiseta de muselina. En el cabello cinta y lazos de terciopelo negro. Guantes Suecia. Botita marrón.

CUARTO FIGURIN PARA NIÑO DE 3 AÑOS.

Chaqueta y enagua de piqué blanco. Pantalón bordado. Cuello redondo. Sombrero de castor blanco adornado con pluma rizada. Botita gris.

QUINTO FIGURIN PARA NIÑO DE 9 AÑOS.

Paletot gris oscuro, rodeado de tiras de terciopelo azul. Pantalón de fantasía. Cuello y mangas de *mansouk*. Sombrero de castor negro. Botita marrón.

SESTO FIGURIN PARA NIÑA DE 10 AÑOS.

Vestido de popeline de Lyon verde azoff. Manteleta de lo mismo adornada de terciopelo negro y bellotas. Monillo alto abotonado por detrás: berta del mismo género: mangas pagodas con pequeño jockey. Pantalón bordado. Capota de tafetan blanco y terciopelo malva. Guantes Suecia. Botita negra.

SÉTIMO FIGURIN PARA NIÑA DE 6 AÑOS.

Vestido de seda y lana gris, adornado de cinta rizada color de cereza. Pantalón con embutidos de encaje. Camiseta de muselina bordada. Mangas á dobles buches con puño bordado. Sombrero redondo blanco con pluma blanca, y lazos en el interior de terciopelo cereza. Guantes Suecia. Botita del mismo color del vestido.

OCTAVO FIGURIN PARA NIÑA DE 9 AÑOS.

Vestido de tafetan á cuadros. Monillo escotado y berta. Mangas largas. Manteleta de gro negro adornada de bellotas, con volantes y berta figurada. Pantalón bordado. Capota blanca de gro de Nápoles. Guantes gris. Botita id.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

- N. 1 y 2 Cuello y puños: feston y bordado lijero.
 3 Pañuelo con escudo, Julia: al pasado rico.
 4 Guarnicion: bordado inglés y ojete calados.
 5 id.: id. al pasado y ojete.
 6 id.: al pasado ó feston y sobrepuestos.
 7 Bolsita para niña: cadeneta ó cordoncillo sobre terciopelo, paño etc.
 8 Embutido: al pasado y feston.
 9 y 10 Babucha: id. sobre terciopelo ó paño.
 11 Guarnicion: bordado inglés.
 12 Pañuelo: al pasado, ojete y calados.
 13 Guarnicion: bordado inglés y al pasado.
 14 id.: al pasado, ojete y calado.
 15 id.: feston.
 16 id.: al pasado y ojete.
 17 á 19 Bordados para camisas de hombre al pasado y bordado lijero.
 20 Embutido al pasado.
 21 á 26 Ojales para id.: id. id.
 27 Guarnicion: bordado inglés.
 28 Esquina para pañuelo, Z. C.: al pasado y feston.
 29 Id. A. V.: al pasado fino.
 30 Id. A. G.: al pasado.
 31 Id. E. T.: al pasado ó feston.
 32 Id. J. R.: al pasado fino.
 33 L. B. ligadas: al pasado
 34 E. F. id.: id.
 35 A. J. id.: id.
 36 R. B. id.: id.
 37 Flora: id.
 38 L. D.: id.
 39 A. B.: id.
 40 E. S.: id. y bordado lijero.
 41 Ana: id.
 42 L. M. B. ligadas: bordado lijero.
 43 Ana: al pasado.

N. 1 y 2 Manteleta Frilda.

- 3 Guarnicion al pasado.
 4 Embutido id.
 5 Guarnicion: bordado inglés.
 6 Embutido al pasado.
 7 Guarnicion id. y bordado lijero.
 8 Id. id.
 9 Id. id. y feston.

- 10 Esquina para pañuelo, F. L. A.: al pasado,
feston y bordado ligero.
- 11 Id. id. L. G. T.: al pasado.
- 12 Dolores Peinado y Lopez: al pasado.
- 13 Amalia Velasco: al pasado y bordado ligero.
- 14 Rosalía Patiño: id.
- 15 V. D.: id. id.
- 16 F. R.: id.
- 17 J. B.: id.
- 18 J. C. M.: id. rico.
- 19 Ana María: id.
- 20 Tula: id.
- 21 Aurora: id. y nuditos.
- 22 Dolores: id.
- 23 Josefa: id.
- 24 Juana: id.
- 25 Manuela: id.
- 26 Carolina B. de Turull: al pasado.
- 27 Josefa Dapena: id.
- 28 Aurora de Salazar: id.
- 29 Diego de Sedas y Matos: id.
- 30 María Viguera de Sedas: id.
- 31 Juan Buhigas: id.
- 32 J. Buhigas: id.
- 33 J. B. ligadas: id.
- 34 J. B. id.: id.
- 35 J. G.: id.
- 36 Zoine: id.
- 37 Christine Dubosc: id.
- 38 M. V. ligadas: id.
- 39 M. J. P.: id.
- 40 Eduardo Moreno de Salazar: id.
- 41 A. R. M.: id. rico.
- 42 G. T. J.: id. id.

DOLORA.

A LUZ.

I.

Ay! que el astro adormecido
Que alumbra tímido el suelo,
No calma el triste desvelo
En que me encuentro sumido;
Que el amor
En medio de sus enojos
Dice en amarga razon,
Con dolor,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

II.

¡El que sufre halla la muerte!
Y yo, mortal sin consuelo,
En vano demandando al cielo
Me deje sin vida, inerte;
Pues andando
El alma siempre entre abrojos,
Va siempre con triste son
Suspirando,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

III.

En piélago de amargura
Hundo en vano mis ardores,
Que llantos desgarradores
No extinguen llama tan pura.
Y ¡ay! en coro
Lira y labio por despojos
Vánle dando al aquilon:
"Yo te adoro"
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

IV.

El mortal que sufre aquí
Encuentra en la Fé consuelo;
Mas yo, desdichado, velo
Sin saber lo que es de mí.
Si esta vida
Pende de tus labios rojos,
Recuerda por compasion,
Luz querida,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

V.

Amame cual yo te adoro,
Y entre placeres y amores
Ahoguemus nuestros dolores
Y enjuguemus nuestro lloro.—
Ven, mi amor,
Y esclavo de tus antojos
Diré de mi lira al son,
Sin dolor,
Que los rayos de tus ojos
Hirieron mi corazon.

JULIO CALCAÑO.

ADVERTENCIA.

Los figurines de Señora que esperábamos de París no han llegado á tiempo para unirse al presente número. En su lugar damos uno de niños, sin perjuicio de repartir el de Señoras con el número inmediato, si, como es presumible, se halla para entonces en nuestro poder.

OTRA.

Favoreciéndonos frecuentemente amigos, corresponsales y suscritores con crecido número de composiciones poéticas, y siendo forzoso buscar medio de ir las intercalando entre los demás materiales cuya publicacion no puede interrumpirse, lo advertimos así, á efecto de que no se estrañe la demora que en su insercion han de experimentar; circunstancia que nos fuerza tambien á suplicar á unos y á otros suspendan por ahora el envío de nuevas producciones del citado género.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Segunda serie.*—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Amor de un poeta.*—*La comedia de Laura*, por D. Mariano Urrabieta, *conclusion.*—*Los cinco misteriosos talismanes de la vida humana*, por D. Pedro de Prado y Torres.—*Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Las almas gemelas, novela original* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Revista de Madrid*, por D. Sebastian de Mobellan.—*La niña del estudiante, poesía* por D. Victoriano Martinez Muller.—*De Santa Cruz de Tenerife á Madrid*, por D. Pedro de Prado y Torres.—*Seccion de economía doméstica y arte de cocina.*—*El Corpus y San Juan*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Explicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Dolora*, por D. Julio Calcaño.—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de niño.*—*Lámina de acuarela.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Idem de crochet.*

Solucion del geroglifico anterior.

El corsé mata mas mujeres que las enfermedades.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

